

Trabajo Fin de Grado

El desarrollo del mercenariado en la Península
Ibérica durante la Edad Media: contextos, agentes y
formas de servicio

The development of mercenarism in the Iberian
Peninsula during the Middle Ages: contexts, agents
and service ways

Autor/es

Sergio Aguarón Cabeza

Director/es

Mario Lafuente Gómez

Facultad de Filosofía y Letras / Universidad de Zaragoza

2021

INDICE

- 1. Introducción, 4.**
- 2. Mercenarios ibéricos, entre la Cristiandad y el Islam, 9.**
 - 2.1. Guerreros cristianos en al-Ándalus y el Magreb, 9.**
 - 2.2. Combatientes musulmanes al servicio de soberanos cristianos: el caso de los “jenets” de Aragón, 20.**
- 3. El mercenariado en el resto de Europa durante la Plena Edad Media, 23.**
- 4. Una nueva era: las transformaciones en el papel del mercenariado en los conflictos del siglo XIV, 31.**
 - 4.1. Las Grandes Compañías en la Península Ibérica, 34.**
 - 4.2. *Routiers* españoles en Francia, 39.**
- 5. Conclusión, 43.**
- 6. Bibliografía, 45.**

1. INTRODUCCIÓN

La sociedad cristiana en la Península Ibérica atraviesa durante los siglos plenomedievales una expansión sin precedentes con respecto al espacio andalusí. La frontera se configura como un espacio dinámico, de cambio social, donde es posible enriquecerse a partir de la actividad bélica y donde surgen señores de la guerra tanto cristianos como musulmanes, a la cabeza de heterogéneas huestes de dudosa lealtad. Ya fuera como traidores o al servicio de los intereses de sus señores naturales, numerosos hombres ofrecieron sus servicios de armas a los sarracenos. Dentro de las estructuras militares feudales la función de los mercenarios resulta mucho más compleja de precisar en un primer momento y recae en un inicio en los orígenes de la “profesionalización” de la guerra europea al calor de la Baja Edad Media.

Este trabajo ha sido concebido con el objetivo de revisar el desarrollo del mercenariado de procedencia ibérica y desde el siglo XI al XIV, sin olvidar la actuación de mercenarios extranjeros en la Península. Para ello, habremos de definir qué es un mercenario, observar su actuación en el contexto de la conquista feudal de al-Ándalus tanto dentro del contexto islámico como mencionando su importancia internacional y por último estudiar su actuación y apogeo entre los siglos XIV y XIV, especialmente en relación con la Guerra de los Dos Pedros y la Guerra de los Cien Años.

Pese a su presencia limitada en las guerras desarrolladas en la Península, el mercenario medieval comparte y mantiene junto al “señor de la guerra” un “halo” individualista y ciertamente romántico capaz de atraer a generaciones sucesivas de historiadores, con frecuencia excesivamente centrados en su presencia en lugares exóticos o en las grandes contiendas. El estudio del mercenariado medieval tiene un interés claro, casi básico, en la comprensión del mundo medieval y también en parte de la historiografía moderna.

La guerra medieval no desconoció el mercenariado ya fuera en Europa o en la Península Ibérica. Por mucho que la sociedad cristiana peninsular haya sido definida como una “sociedad en guerra”, en la medida en que las monarquías cristianas consiguieron imponer con efectividad una serie de deberes militares y hacer de la actividad bélica un modelo de promoción social y de beneficiarse económicamente, ello no le eximía de la presencia de mercenarios. Con todo, conviene advertir que el perfil del mercenario no parece ser homogéneo ni tampoco estable en el tiempo, pues en él caben desde el señor de la guerra exiliado a los reinos musulmanes, como es el archiconocido caso del Cid,

hasta vástagos segundones de la nobleza, pasando por individuos de baja estofa enrolados con el objetivo del botín, etc.

El estudio de estas realidades en la Península Ibérica se muestra de manera precaria (en especial en comparación con la historiografía británica) y sobre todo sujeto a estudios relativos a ciertos momentos muy concretos y conocidos, como las intervenciones en Grecia y los Balcanes de la Compañía Catalana y la Compañía Navarra o la presencia de compañías libres en la Guerra de los Cien Años. Como consecuencia de ellos da la impresión de que es a partir del siglo XIV cuando se produce la “explosión” de un fenómeno sin continuidad con unos mercenarios plenomedievales, cuyo estudio se ha visto condicionado tanto por la escasez documental como por cierto desdén a partir del foco en el seguimiento de la biografía de los grandes señores cristianos, que en muchos casos mantienen un perfil ambiguo y difícil de precisar entre los dos espacios culturales peninsulares.

Antes de atender tales cuestiones, debemos preguntarnos qué es un mercenario. Como indica De Vries¹ los conceptos “extranjero” y “a sueldo” constituyen los dos elementos principales de su definición tradicional. Algo que no hace sino generar sus propias confusiones puesto que, con frecuencia la generalización hace perderse importantes matices.

Desde un periodo temprano, las propias fuentes tienden a englobar diferentes grupos de mercenarios como miembros de diferentes grupos étnicos, que copan el mercado de la guerra, lo fueran o no²: este es el ejemplo de los brabanzones, mercenarios de la monarquía anglonormanda durante los siglos XI-XII, cuyo nombre acabó convirtiéndose en una denominación genérica del mercenariado, apareciendo de manera omnímoda en las fuentes frente a otros grupos como los mercenarios ibéricos, entre los que destacaría Martín Algais, primer senescal de Périgord (1203) o Pascual de Valencia, al servicio de Enrique II. La generalización de estos grupos bajo un grupo étnico dominante es algo que también afecta a los mercenarios de época bajomedieval de la Compañía almogávar.

¹ De Vries, Kelly. «Mercenarios medievales. Metodología, definiciones y problemas.» *Revista Universitaria de Historia Militar* 4, nº 8 (2015): 186-187.

² *Ibidem*: 191.

En cuanto a su segundo atributo, el de ser tropas que se caracterizan por estar “a sueldo”, implica que un factor esencial para su desarrollo fuera la formación de una economía monetaria, especialmente vinculada a un tipo de sociedad “urbana” o en proceso de consolidación de formas de vida más complejas, como en efecto podemos encontrar en la sociedad andalusí.

El estudio de tales fenómenos ha sido realizado en el ámbito de enfrentamiento entre Inglaterra y Francia, donde se ha utilizado como canalizador de la contratación de tropas especializadas y la proliferación de compañías de infantería. Michael Mallet ha visto esta contratación como respuesta a las necesidades de la propia poliorcética³ y que, a su vez, respondían al crecimiento demográfico, que generaba una presión sobre el mercado laboral que obligaba a buscarse la vida a los excedentes poblacionales locales, procedentes de zonas pobres⁴ y marginales, reconocidos por sus contemporáneos como “bandidos”⁵ y que no tardaría en desarrollar un modo de vida característico y claramente estructurado (finales del XIII en Europa).

Mientras que por otro lado, las zonas fértiles con gran capacidad de desarrollo demográfico y económico, lugares propicios para el desarrollo urbano y por tanto comercial y monetario, generan unos excedentes que permiten desvincular a parte de su población -de todas maneras desmovilizada, ante la escasa eficacia de la llamadas a acudir a la guerra- del servicio militar, por ejemplo a través de una “redención del servicio” en metálico, existente también en el mundo andalusí, generando una relación simbiótica centro-periferia.

Teóricamente, la profesionalización de la guerra se ha estudiado como uno de los cambios generados por la “Revolución Militar”, planteada por M. Roberts para los siglos XVI y XVII, a partir de las evoluciones tácticas generadas por Mauricio de Orange y Gustavo Adolfo que llevan al cambio de tamaño y organización militar de los ejércitos europeos. El concepto será retomado por historiadores como C. Rogers (quien

³ Europa en el siglo XII manifiesta un gran crecimiento de la población urbana y un aumento numérico de castillos. Mallets, Michael. «Mercenarios.» En *Historia de la guerra en la Edad Media*, de Maurice Keen, 269-295. Océano, 1999: 274.

⁴ Este es el caso de brabanzones, aragoneses, navarros y “coteleros”, cuya proliferación en los campos de batalla europeos llevó de manera temprana a la prohibición de su contratación en el Concilio de Letrán de 1179. *Ibídem*: 275.

⁵ *Ibídem*: 274-275.

la ubica en el siglo XIV) y Prestwich (a finales del XII e inicios del XIII)⁶, quienes le dan un nuevo significado: para Prestwich, el verdadero cambio se da cuando las monarquías europeas empiezan a ser incapaces de mantener sus ejércitos mediante las tradicionales formas contractuales, problema ya insostenible entre 1270 y 1350, colapsando a partir de la quiebra absoluta de la economía a mediados del XIV.

Tal vez, esta haya sido una de las explicaciones más básicas, partiendo de la decreciente efectividad de las mesnadas feudales, escasamente profesionalizadas y con problemas por el poco éxito de sus congregaciones ante un cada vez mayor “absentismo”. Tales dificultades de reunión quedaron patentes tanto en Francia como en Inglaterra durante el siglo XIII. En Inglaterra, a partir del reinado de Juan Sin Tierra los barones vieron disminuidas drásticamente sus aportaciones al ejército real, haciendo cada vez más frecuente la convocatoria obligatoria a través de un pago⁷.

Sin embargo, como veremos más adelante, la evolución de la organización militar castellana durante el siglo XIV no fue hacia una mayor “profesionalización” sino hacia un mayor aprovechamiento de los recursos fiscales de la monarquía y las formas tradicionales de obtención de tropas, sin por ello significar el “atraso” de Castilla tras Inglaterra o Francia. Sea como fuere, las dificultades interpretativas se combinan con el relativamente reducido número de estudios disponibles, a cargo de un número reducido de autores (frente a otras áreas de investigación) en lenta expansión; a la altura de 2014, Arias Guillén se refería únicamente a M. A. Ladero, M. Rojas y J. Saiz como autores de temas relacionados, de los cuales sólo este último había realizado un estudio sistemático de esta transformación en la Corona de Aragón, y especialmente el reino de Valencia.

Con respecto al desarrollo global del mercenariado peninsular, cabe destacar que ha sido tratado de manera muy desigual. Los guerreros cristianos al servicio del Islam y los musulmanes bajo contratación cristiana han sido objeto de una importante literatura, originada desde la obra de Giménez Soler a inicios del siglo pasado y con autores destacados como García Sanjuán, Simon Barton o Echevarría Arsuaga, mientras que aquellos que optaron por los campos de batalla europeos en la Plena Edad Media han tenido un tratamiento superficial, determinado por la falta de fuentes y –posiblemente -

⁶ Arias Guillén, Fernando. «¿Hubo una revolución militar en Castilla en la primera mitad del siglo XIV?» *Edad Media: revista de historia*, nº 15 (2014): 197-198.

⁷ Husley, Norman. «La guerra en Europa, 1200-1320.» En *Historia de la guerra en la Edad Media*, de Maurice Keen, 151-178. Océano, 1999: 163.

por la falta de cierto exotismo “orientalista”. Un mayor nivel de desarrollo se encuentra en el estudio de la intervención de las Grandes Compañías⁸, con autores (Oliva Manso, De Benito Rodríguez, por ejemplo) que destacan su importante papel de renovación militar, especialmente en las panoplias y cierta terminología (como la introducción del término “lanza”), además de estudios que con frecuencia hacen uso de documentación clara y abundante para conocer la composición de los efectivos empleados –Los trabajos de Azcárate son elocuentes por su estudio de los papeles de la hacienda navarra y la demostraciones de las relaciones militares entre Navarra y los linajes locales vascos -.

Para cumplir los objetivos del trabajo, metodológicamente se ha priorizado el estudio de obras historiográficas sobre las fuentes primarias, escasas para la Plena Edad Media pero abrumadoras en muchos casos para el periodo tardomedieval. La mayor parte de las lecturas han debido ser de artículos, presentes en revistas. No hay una gran monografía general que trate el tema por lo que, con frecuencia, gran parte de los libros tratan el tema “por encima”. La escritura ha partido de unos enunciados básicos, buscando hacer una síntesis de todos ellos. Por cuestiones de espacio y de conceptualización, se ha optado por dejar de lado la narración detallada de conflictos bélicos con el fin de hacer un discurso algo más “estructural” que fáctico. En consecuencia, campañas como la de los almogávares en Grecia –archiconocida y con un nivel de producción escrita enorme - han sido dejadas en el tintero.

⁸ El estudio de la guerra civil castellana y de la guerra de los Dos Pedros como conflictos vinculados a la Guerra de los Cien Años ha llevado a una nutrida bibliografía entre la que destacan autores como Allmand, Mitre, Valdeón o Contamine; la lista es tan larga que requeriría un trabajo específico.

2. Mercenarios ibéricos, entre la Cristiandad y el Islam.

2.1. Guerreros cristianos en al-Ándalus y el Magreb.

Pese a su gran relevancia, los mercenarios existentes en el ámbito europeo no han recibido la misma atención que ha recaído sobre aquellos guerreros que, desde filas cristianas, realizaron su carrera al servicio de los sultanes andalusíes. La frontera no suponía la ruptura del contacto entre ambos mundos.

El estudio de la evolución de las fuerzas armadas de los reinos andalusíes tiene una larga trayectoria desde su comienzo durante el siglo pasado. Han sido cuantiosos los historiadores que se han centrado en el estudio del ejército andalusí⁹ en alguno de los periodos cronológicamente consolidados o de determinados aspectos vinculados a su organización interna, armamento, evolución o actuación militar, tanto que valdría la realización de otro trabajo. De estos aspectos, a nosotros nos interesa en primer lugar conocer la estructura organizativa del ejército para poder ver la importancia que tuvo la presencia de tropas contratadas. Igualmente, hay que destacar la dificultad de traducción de aquellos términos referidos a la organización militar en fuentes escritas, que con frecuencia carecen de una traducción literal al castellano y varían su significado por el contexto.

Los ejércitos musulmanes en Al-Ándalus vieron desde una época temprana el uso de tropas extranjeras dentro de sus estructuras habituales. El *yund*, el ejército regular andalusí, ha sido trabajado de manera destacada por la historiografía. Estas tropas regulares, de origen andalusí en un inicio, se destacaban por su inscripción dentro del registro emiral (*diwan*) y la percepción de un salario en metálico, configurando junto a los “voluntarios”, los pobladores locales convocados a la guerra junto a aquellos que imbuidos por su religiosidad harían la Yihad, el núcleo del ejército musulmán.

A su vez, las diferentes guardias palatinas de los califas y reyes andalusíes, que aparecen en las fuentes bajo nombres como *ḥaṣam*, *ḥāṣṣa*, *ḥurs*, *‘abīd*, *ḡilmān* y

⁹ Por ejemplo, Josep Suñe ha trabajado recientemente la fiscalidad en su tesis *Ġihād, fiscalidad y sociedad en la Península Ibérica (711-1172): evolución de la capacidad militar andalusí frente a los reinos y condados cristianos* (2017) y en un reciente libro, *Guerra, ejército y fiscalidad en al-Ándalus (ss.VIII-XII)* publicado en 2020. Los estudios sobre batallas vinculadas al proceso de conquista feudal han sido abundantes desde el siglo XIX, mientras que la participación de los cristianos en los ejércitos islámicos ha sido tratado por autores como García Sanjuán, presente en la bibliografía. La *yihad* y la justificación religiosa de la guerra frente al Infiel ha atraído igualmente gran cantidad de estudios, valga de ejemplo el artículo de Albarrán Iruela, *De la conversión y expulsión al mercenariado: los cristianos en las fuentes almohades*, publicado en 2014 y también presente en la bibliografía.

mamālik y están igualmente registrados en el *diwan*, han sido destacados por su composición heterogénea, en la que destacan bereberes, esclavos europeos y mercenarios cristianos.

A pesar de la heterogeneidad de origen que podía haber entre los mercenarios en los ejércitos islámicos, no se puede negar el papel destacado que gozaron, destacado por Meouak, quien considera que los mismos habrían tenido un lugar relevante como “tropas de choque” en los primeros compases de la batalla¹⁰. Por esta importancia que muchas veces llegaba a asegurar o imponer en el trono a los soberanos, los mismos se aseguraban de recompensar con generosidad y de respetar las creencias de sus mercenarios, si bien en un porcentaje destacado también encontramos renegados o “elches” conversos al Islam, así como esclavos convertidos al Islam y posteriormente manumitidos (“mamelucos”) y esclavos propiamente dichos.

El peso específico de los mercenarios cristianos y bereberes dificultó la militarización de la sociedad andalusí. La introducción de los primeros mercenarios cristianos parece darse bajo el reinado de al-Hakam I (796-822), quien los habría reclutado para conformar parte de su ejército ante la desconfianza que le generaban sus propios paisanos, además de haber formado una primera guardia de mamelucos cristianos comandados por Rabi ben Teodulfo, un mozárabe cordobés que llegó a dirigir los asuntos económicos del Emirato¹¹. La población llegó a despreciar a estos “mudos” o *al-jurs* (llamados así por no hablar en árabe) por la dureza con la que cumplían las prescripciones del emir.

Dentro del *yund*, a medida que pasaba el tiempo, los emires habrían recurrido a la contratación de mercenarios bereberes, que sustituyeran a los andalusíes en época de Almanzor como el elemento fundamental y mantenido su estructura interna en familias, clanes y tribus. El objetivo de Almanzor sería el debilitamiento de las oligarquías internas, que acabaría por evitar la conformación de una autentica clase guerrera, de señores feudales, como estaba pasando en el Norte cristiano. En palabras de Viguera Molins, *el combatiente andalusí no alcanzó un status socialmente destacado, siendo un funcionario más del Estado, ni siquiera, según los reflejos textuales, situado entre los*

¹⁰ Viguera Molins, María Jesús. «La organización militar en Al-Andalus.» *Revista de Historia militar*, nº Extra 1 (2001): 28-29.

¹¹ López López, Ángel Custodio. «El conde de los cristianos Rabi ben Teodulfo, exactor y jefe de la guardia palatina del emir al-Hakam I.» *Al-Ándalus-Magreb*, nº 7 (1999): 47.

más prestigiosos¹². Esa sería una de las principales causas que la historiografía ha sostenido para explicar la escasa militarización de al-Ándalus.

Por otro lado, las élites andalusíes fueron, según Dominique Urvoy¹³, incapaces de renovar el concepto de *yihad* y de implicar a la población musulmana local, lo que se manifestó en la presencia insuficiente de “voluntarios” por los reinos islámicos peninsulares.

En todo caso, ningún estado islámico durante el periodo consiguió superar la problemática entre la *tribalidad* de sus ejércitos y la dependencia de los mercenarios para garantizar la estabilidad interna y exterior del régimen.

Tras la caída en desgracia de *Sanchuelo* y como fruto de la crisis y disgregación del Califato, los cristianos en situación de fuerza instrumentalizaron el cobro de tributos (parias) a cambio de la paz y “protección” de una manera extraordinaria, participando y lucrándose de los conflictos entre las taifas.

La situación que se abre con las crisis del Islam andalusí y magrebí indica no solo la protección de los poderes reales del norte cristiano, sino también la actuación de numerosas bandas aisladas y autónomas de cristianos, ejemplo de la permeabilidad de las fronteras. A partir de la conformación de una sociedad fronteriza, encontramos numerosos individuos que se ganan la vida entre ambos mundos, planteando el saqueo como su principal actividad económica o bajo el servicio de los soberanos locales. Bajo el nombre de “caballeros pardos”, encontramos a su vez con frecuencia una gran indefinición en sus componentes, en los que podemos ver tanto cristianos como musulmanes, y en la que la propia compañía que sustentaba al Campeador puede ser buen ejemplo, si bien con unas peculiaridades: su escala y sus logros.

El éxito del Cid en parte fue propiciado por la consolidación del servicio prolongado de una compañía que vivía en la indefinición entre el saqueo y el pillaje, bajo la autoridad de un señor u otro, la coacción y el cobro de parias (pagados por la taifa valenciana en un principio). Los beneficios económicos de la guerra fueron suficientes para mantener su coherencia y mantener una tropa experimentada y con diferentes componentes, cuya

¹³ Suñe Arce, Josep. «El ejército andalusí y su actuación guerrera según la historiografía: aspectos desatendidos y explicaciones renovadas.» *Índice histórico español*, n° 131 (2018): 115-139.

utilidad y capacidad de adaptación fueron claves para su imposición en el tablero geopolítico de finales del XI, culminando con la conquista de Valencia (1094).

El Cid se configura como el ejemplo extremo de las posibilidades de un señor de la guerra, que careciendo de una base geográfica sólida inicial consigue imponerse¹⁴.

Sin embargo, con mucha más frecuencia los grupos que había en la frontera no dejaban su categorización de “ladrones”, presente en las fuentes contemporáneas. La obtención de grandes réditos a partir del botín de guerra era un deseo compartido por individuos tan importantes como el Cid y otros muchos más modestos como El Giboso o Munio Alfonso¹⁵.

La historiografía ha empezado a comparar recientemente su figura con la de Giraldo Sempavor, un aventurero portugués que progresó alternando su lealtad entre portugueses y musulmanes, hasta formar un señorío independiente en la zona del valle del Tajo¹⁶.

No vamos a detenernos a seguir la trayectoria vital de ambos personajes, pero nos interesa el símil entre dos señores de la guerra que se aprovecharon de los momentos de desintegración del poder islámico en la Península (el Cid, con la taifa de Valencia, y Sempavor, con el final del imperio almorávide) y forjaron relaciones semejantes con sus coetáneos. De partida, tanto Rodrigo Díaz de Vivar como Giraldo Sempavor fueron individuos que no ofrecían sus servicios deliberadamente, sino que habían perdido el favor de sus monarcas y habían sido desnaturalizados y desterrados de sus respectivos reinos, en una situación que como veremos es frecuente dentro de los mercenarios cristianos en Al-Ándalus. Son sujetos que además poseen conocimiento del terreno, las costumbres e incluso la lengua árabe: El Cid probablemente obtuvo una base del idioma durante su periodo de servicio en Zaragoza hasta 1086, mientras que el propio Giraldo parece haber sido un antiguo esclavo manumitido que habría vuelto a sus tierras de origen, algo común dentro de estos grupos de mercenarios.

¹⁴ Porrinas, David. *El Cid: historia y mito de un señor de la guerra*. Madrid: Desperta Ferro, 2019: 153-154.

¹⁵ Sin embargo se acusaba despectivamente a los grupos más pequeños como “ladrones” aún cuando su objetivo era el mismo. Porrinas, David. «La actuación de Giraldo Sempavor al mediar el siglo XII, un estudio comparativo.» *II Jornadas de Historia Medieval de Extremadura: ponencias y comunicaciones*, nº 179-188 (2005): 182.

¹⁶ El primero en hacerlo sería el portugués Davis Lopes en *O Cid Portugues, Geraldo Sempavor* (1940), otros tantos historiadores como Pires Gonçalves, Christophe Picard y David Porrinas se han hecho eco del asunto, si bien como reconoce este último la importancia del portugués tanto a nivel histórico como la huella dejada en sus contemporáneos es mucho más reducida. *Ibídem*: 180.

Tal es el caso de la primera gran fuerza de mercenarios cristianos existente en el Magreb, reclutada entre prisioneros de guerra llevados a Marruecos y que llegaron a tener gran relevancia en los ejércitos islámicos. La *Chronica Adefonsi Imperatoris*, escrita entre 1153 y 1157, se hace eco de los prisioneros realizados por Ali ben Yusuf en su campaña contra Toledo en 1109, situación que se reprodujo en las acciones realizadas por su hijo Tasufín ben Alí entre 1130 y 1138, y en aquellas dirigidas por su almirante Muhammad ben Maymun.

De entre ellos, la crónica destaca a Tello Fernández, un caballero castellano capturado durante la toma del castillo de Aceca en el 1130, y al vizconde de Barcelona, reconocible en las fuentes cristianas como Reverter, personalidad paradigmática del mercenariado peninsular al servicio de los sultanatos africanos.

Procedente de uno de los linajes más influyentes y poderosos de Cataluña, su casa había quedado consolidada a partir de la defensa de la ciudad condal por parte de su tatarabuelo Udalarde frente a Almanzor, pero se había visto afectada por la pérdida de importantes rentas, en concepto de peajes y portazgos a las puertas de Barcelona, por las reformas de Ramón Berenguer III¹⁷. Capturado y enviado a Marruecos en 1132, el emir lo nombró jefe de su ejército cristiano, manteniéndolo en el cargo hasta su muerte. Pese a este mal comienzo, no lo retuvieron contra su voluntad, sino que él mismo optó por quedarse, probablemente por las malas circunstancias financieras que envolvían sus posibilidades de progresar en Cataluña. Es más, en 1133 regresó a Barcelona para que le fuera reconocido el título vizcondal y volver después al Magreb en 1135, donde permanecería luchando por los almorávides frente a los almohades hasta su muerte en combate en 1144. El hijo de Reverter, Alí ben Reverter, se convertirá al Islam y actuará como mercenario para los musulmanes.

Junto a este Reverter, retornado al Marruecos después de quedar libre, también encontramos a numerosos mercenarios que se alistaron por su propio pie, bajo el objetivo de ganar grandes riquezas aprovechándose de la inestabilidad y de las necesidades militares de un decadente imperio almorávide.

Los almohades juzgaran estas acciones como una forma de imposición ideológica y de fuerza frente a un imperio almorávide, decadente moralmente y en el que convivían

¹⁷ Ruíz Doménec, José Enrique. «Las cartas de Reverter, vizconde de Barcelona.» *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, nº 39 (1984): 93-96.

dimmiés junto a musulmanes. Tal vez se mostraran reacios, pero no por ello dejaron de trazar pactos con los cristianos y utilizarlos como mercenarios, ya fueran prisioneros o “aventureros”/expatriados. Así pues, vemos a Giraldo Sempavor, el señor de la guerra portugués, presentarse en la corte de Sevilla y jurar lealtad en 1172 al califa Yusuf I, obteniendo a cambio un señorío en Sus, en el Atlas occidental; también a Fernando Rodríguez de Castro, cuyos méritos habían conseguido asentar la posición del linaje en León¹⁸ y que, finalmente exiliado por orden de Fernando II, mandó una carta al gobernador almohade de Sevilla para poder refugiarse allí, y una vez aceptado por el califa se pasaría a la causa mahometana. Su hijo Pedro Fernández también tendrá una biografía convulsa; tras su muerte en 1185 se declaró vasallo del rey Alfonso VIII de Castilla, si bien se enemistó con él en 1189, trazando diferentes alianzas con los almohades contra el monarca. En 1194 cambió de bando luchando contra los castellanos en Alarcos un año después¹⁹.

Hasta las Navas de Tolosa, vemos un discurso reacio al uso y abuso de las mesnadas cristianas. No es para menos, puesto que la lucha contra los cristianos fue considerada un elemento legitimador de los sucesores de Ibn Tumart, quienes en sus crónicas llegarán a poner en su boca discursos del sabio contra los cristianos, quienes aparecen en sus fuentes no sólo como mercenarios de los taifales andalusíes, sino como amigos y aliados suyos, lo cual justifica su expansión sobre los “herejes” andalusíes²⁰. Los almohades casi consiguieron “borrar” al cristianismo magrebí original, sin embargo su actitud cambiaría ante el grave revés de 1212.

El avance cristiano no se consumó. En 1213 unas graves hambrunas azotaban la Península, mientras los principales protagonistas de la batalla, Pedro II de Aragón (1213), Miramamolín (1213) y Alfonso VIII de Castilla (1214) fallecieron. La tregua

¹⁸ De origen castellano, su casa se traslada a León como forma de refugiarse de la presión de la casa de Lara, especialmente influyente sobre Alfonso VIII de Castilla. Fernando Rodríguez de Castro tuvo un papel decisivo en la guerra entre ambos reinos, asentando su poder en la corte de Fernando II de León tras su victoria sobre los Lara en Lobregal, emparentando con él a través del matrimonio con su medio-hermana y obteniendo el señorío de Trujillo en 1169 por su papel contra Alfonso I de Portugal en Badajoz. Sánchez de Mora, Antonio. *Fernando Rodríguez de Castro*. Real Academia de la Historia. <http://dbe.rah.es/biografias/54589/fernando-rodriguez-de-castro>. [28/5/2021]

¹⁹ Calleja Puerta, Miguel. *Pedro Fernández de Castro*. Real Academia de la Historia. <http://dbe.rah.es/biografias/14033/pedro-fernandez-de-castro>. [28/5/2021]

²⁰ Albarrán Iruela, Javier. «De la conversión y expulsión al mercenariado: los cristianos en las fuentes almohades.» Editado por C. Estepa y M. A Carmona. *La Península Ibérica en tiempos de Las Navas de Tolosa*, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2014: 83.

entre Castilla y el Califato Almohade se cerró en 1215, si bien fue posteriormente renovada en 1221.

Sin la posibilidad de hallar riquezas en la frontera, muchos cristianos pasaron al norte de África como mercenarios al servicio de un poder almohade en descomposición, que verá el surgimiento de dinastías locales como la de los Háfsidas en Túnez, los Zayyánidas de Tremecén y los benimerines, quienes se impusieron finalmente en el Magreb occidental cerca de 1269, quienes igualmente utilizarán a mercenarios cristianos, comúnmente utilizados para componer sus guardias reales, aunque también funcionaron como cobradores de impuestos.

Bajo Al-Mustansir (1213-1224) tenemos noticias de dos unidades cristianas, una acuartelada en Meknes, comandada por Abu Zakariya Yahya, hijo del comandante castellano Gonzalo y una hermana del rey de Castilla, y otra asentada en Marrakech, dirigida por el mismo infante Pedro Fernández de Portugal desde algo antes de 1219, a las que se sumará temporalmente el conde Fernando Núñez de Lara²¹ en 1221, quien se reconcilió con Fernando III tres años después. El hijo del mismo también participó en la defensa de Jaén frente al rey castellano-leonés en 1225.

Según Barton, citando a Ibn Jaldún, la contratación de los soldados cristianos habría tenido un papel complementario a las tácticas musulmanas, puesto que su tradicional técnica del “torna fuye” necesitaba de la formación de una línea sólida en retaguardia para defender el campamento y al propio sultán, además de configurarse como punto de referencia y apoyo. La caballería ligera necesitaba de los mismos para poder refugiarse entre una ráfaga de proyectiles y otra, mientras que también podía servir contra intentos de flanqueo y ataques de la caballería árabe o bereber²².

Como manera de evitar problemas de moral, del mismo modo, dichos imperios musulmanes procuraron evitar desplegar a sus soldados cristianos en sus campañas sobre sus reinos de origen²³, si bien en ocasiones, ya fuera en la Península o en el norte de África, chocaban entre ellos. Parte de la problemática deriva de las escasas e imprecisas referencias sobre su actuación que envuelven campañas tan importantes

²¹ Lower, Michael. «The Papacy and Christian Mercenaries of Thirteenth-Century North Africa.» *Speculum*, nº 89 (2014): 601-631.

²² García Fitz, Francisco. *Las Navas de Tolosa*. Ariel, 2005: 349.

²³ Barton, Simon. «Traitors to the Faith? Christian Mercenaries in al-Andalus and the Maghreb, c.1100-1300’.» Editado por R. Collins y A. Goodman. *Medieval Spain: Culture, Conflict and Coexistence. Studies in Honour of Angus MacKay*, 2002: 30-31.

como la de las Navas. Se ha argumentado que por esa desconfianza y por la proclamación de la Cruzada, Miramamolín habría prescindido de ellos, sin embargo, García Fitz duda de ello ante los precedentes de reyes y nobles que se asociaron con los almohades pese a la amenaza del anatema²⁴.

El punto decisivo que marca la dependencia del imperio norteafricano de los soldados peninsulares se dará ante las necesidades de al-Mamun para mantenerse en el trono en 1228. Como resultado de las negociaciones entre el rey Fernando III y el califa almohade se acordó el envío de un ejército de veinte mil hombres (según Ibn Abi Zar) al califa almohade a cambio de unas concesiones militares y religiosas de tal calibre que han llevado a dudar de la veracidad del tratado²⁵. En suma, se había llegado a la renuncia de la propia doctrina originada por Ibn Tumart²⁶, comenzando un periodo de protección y de apoyo en la nueva iglesia magrebí, que se estaba conformando en torno a los mercenarios cristianos, los misioneros de las órdenes mendicantes y los comerciantes italianos existentes.

Durante el siglo XII se habían sucedido las condenas al apoyo de los cristianos a musulmanes: Alejandro III, pontífice entre 1159 y 1181, prohibió a través del decretal *Ita quorundam* el suministro de pertrechos militares bajo las penas de excomunión, la expropiación y la esclavitud del tratante. Clemente III (1187-1191) expandió a su vez la lista de los bienes prohibidos, que Inocencio III en el IV Concilio de Letrán (1215) incrementó, prohibiendo cualquier intercambio de bienes militares. Igualmente, aquel que guerreaba en apoyo de los musulmanes era considerado un pecador, un delito susceptible de ser condenado con la excomunión, como es el caso de Alfonso IX de León, en 1196, por su alianza con los almohades. Como resultado de este cambio de actitud, la propia Iglesia también cambió su percepción sobre el apoyo militar entre cristianos y musulmanes e intentó rentabilizar la dependencia hacia los mercenarios peninsulares para revitalizar y consolidar la Iglesia magrebí²⁷.

Desde Honorio III (1216-1221), los pontífices romanos se vieron envueltos en unas relaciones epistolares que demuestran en la práctica que preferían ignorar las

²⁴ García Fitz, op. cit: 354-355.

²⁵ Se acordaba la cesión de diez fortificaciones, la construcción de una iglesia en Marrakech, la denuncia a las autoridades cristianas de los que quisieran convertirse al Islam y la permisibilidad de la apostasía de los musulmanes al cristianismo. Albarrán Iruela: 89.

²⁶ *Ibidem*: 90.

²⁷ Lower: 602-603.

prescripciones del derecho canónico, e incluso llegaron a emitir otras que favorecerían la presencia de los mismos mercenarios: En 1223, por ejemplo, se absolvía a aquellos cristianos obligados a comer carne los viernes o durante Cuaresma por motivo de los banquetes realizados por las victorias almohades. El mismo Inocencio IV en una carta escrita en octubre de 1246 llegará a afirmar que la lucha *en defensa del Califato*, era la *defensa de la fe católica y de la Iglesia*²⁸ e incluso Nicolás IV los igualará en 1290 a una especie de misioneros que demostraban a los musulmanes cuál era la verdadera Fe²⁹.

Las autoridades civiles y su legislación igualmente trataron de traidores a Dios y a su señor natural a aquellos nobles que cruzaran la frontera con tales fines. La condena no era al propio “servicio”, puesto que aquellos nobles exiliados por orden del rey y que se encaminaran al norte de África no entraban dentro de tales restricciones. Por su parte, las crónicas cristianas no emitían juicios sobre la labor de los mercenarios en el norte de África, es más se limitaban a describirla en términos políticos³⁰, en ningún caso religiosos. Si bien se ve la necesidad de justificar la presencia de los mismos, puesto que la idea del apoyo al infiel no suena bien a la mente medieval:

El cronista de la Casa de Niebla, por ejemplo, al aludir a Guzmán el Bueno, antepasado glorioso del linaje, debió de justificar sus acciones a través de las intenciones de obtener riquezas y prestigio, exponiendo una larga lista de aventureros que también fueron a “Tierra de Moros” y negando que luchara contra cristianos³¹.

El mismo conde Reverter también vio cierta necesidad de justificarse, pues se conservan dos cartas manuscritas remitidas por el mismo hacia el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, y que revelan el pensamiento del vizconde de manera paradigmática para el perfil de noble aventurero. Reverter en sus cartas se muestra apesadumbrado por los cambios de la sociedad de sus antepasados, recordando los problemas, de adaptación de su linaje, disculpándose por diferentes problemas pero sobre todo pretendiendo mantener su posición social, mostrándose como un importante y útil activo

²⁸ Lower: 621.

²⁹ Ibídem: 629-630.

³⁰ Queda claro en el ejemplo de la Crónica de Alfonso X, donde se presenta la correspondencia entre los notables castellanos y el emir de los benimerines. Barton: 36.

³¹ García Sanjuán, Alejandro. «Mercenarios cristianos al servicio de los musulmanes en el norte de África durante el siglo XIII.» *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico siglos XIII-XV: [Jornadas celebradas en] Cádiz, 1-4 de abril de 2003 (Manuel González coord.)*, 2006: 442.

político/militar en Marruecos que puede servir de intermediario. La práctica del mercenariado permite incrementar las posibilidades internas de la nobleza³².

El arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada, autor de la crónica *De rebus Hispaniae*, justifica el aluvión de mercenarios cristianos bajo la excusa de haber sido agraviados en su estancia en la corte, sin embargo, es bastante más lógico pensar en las numerosas ganancias económicas posibles. Los propios contemporáneos veían el servicio a los señores musulmanes del Magreb como una actividad muy rentable, más incluso que apoyarse en los andalusíes; algo que no pasaría desapercibido para Alfonso X, que en una carta de 1273 a su hijo Fernando “el de la Cerda”, ya había observado como aquellos notables que habían servido a los almohades en Al-Ándalus y África se habían enriquecido en comparación con aquellos rebeldes que habían sido acogidos por el sultanato nazarí.

El interés y capacidad de atracción que tenía África no debe de minusvalorarse. Cuando en 1220, Sancho Fernández, medio-hermano de Alfonso IX de León, anunció en Toledo sus intenciones de marchar a Sevilla para servir al califa almohade reunió un ejército de más de 40.000 hombres, según el autor de los *Anales Toledanos Segundos*, cifra claramente exagerada; ya que tenemos a su vez numerosas noticias del tamaño de los contingentes de estos señores de la guerra, que normalmente no pasa de varios cientos de hombres.

Por su número y su papel en la administración y en los ejércitos musulmanes, los cristianos se configuraron como un grupo de presión al que había que pagar bien y regularmente para evitar su insubordinación, situación muy excepcional de la que tenemos sólo tres noticias en el caso magrebí. En un primer caso, se trataría de la noticia recogida por Ibn ‘Idari sobre un tal Lope. Por lo visto, Lope acababa de llegar de al-Ándalus, mostraba una actitud indisciplinada en combate y reclamaba continuamente su salario (*muyawina*). El califa al-Murtada no toleraría la afrenta y lo mandaría matar junto a otros seis camaradas en Tayanrat (1262-1263)³³. Las otras dos ocasiones no

³² Ruiz Doménec: 109.

³³ Que de paso consiste en el único testimonio directo del pago de una soldada diaria a los mercenarios. García Sanjuán: 443.

serían revueltas económicas, sino adhesiones de caídos cristianos a conjuras palaciegas dentro del mismo proceso de degradación interna del imperio almohade³⁴.

El cese del servicio era difícil de obtener, especialmente cuando lo intentaba un solicitante individual. El servicio no era temporal, la única manera de licenciarse era servir un mes sin sueldo; aunque, como reconoce Giménez Soler, era posible la “sustitución personal” del mercenario, que los implicados solían aprovechar para volver a la Península³⁵.

Con todo, la presencia de tropas cristianas en el Magreb no fue un negocio que tardará en quedar relacionado con la monarquías castellana, portuguesa y aragonesa, con unos intereses cada vez más cercanos a la expansión en África. Los reyes cristianos establecían con frecuencia un papel determinante como intermediarios, recibiendo un porcentaje junto a ciertos “regalos” por su servicio de manera regular pero no fija, mucho menos humillante para los sultanes que el pago de “parias”. Los tratados fijaban el número de sus contingentes, la cantidad de dinero a pagar a la monarquía y sus hombres, junto con otros requisitos como iglesia, ropa, armas y pertrechos, así como una sede para la milicia³⁶. Mientras Castilla y Portugal abandonaron relativamente pronto, los reyes de Aragón trataron durante más tiempo con estos asuntos, especialmente en Túnez y Tremecén.

Los mercenarios consiguieron hacerse con un papel importante dentro de la política de los reinos musulmanes que se extendería durante los siguientes siglos. La presión de los mismos, que componían la guardia palatina, llevó a imponer en diferentes ocasiones a su candidato en el trono. Este es el caso de Abu-l-Rabi’ (1308-1310), impuesto por Gonzalo Sánchez de Troncones, antiguo camarada de Guzmán el Bueno.

Durante los siglos XIV y XV observamos una continuidad de las tendencias previas, ya que las milicias prosiguieron su actividad, con castellanos y portugueses combatiendo esencialmente en Marruecos, los aragoneses en Túnez y Tremecén, expandiéndose

³⁴ Ibídem: 443.

³⁵ Giménez Soler, Andrés. «Caballeros españoles en África y africanos en España.» *Revue hispanique: recueil consacré à l'étude des langues, des littératures et de l'histoire des pays castillans, catalans et portugais* 12, nº 42 (1905): 78.

³⁶ Maillo Salgado, Felipe. «Relaciones de los reinos hispánicos del occidente peninsular y el Magreb en la edad media.» *El perfume de la amistad: correspondencia diplomática árabe en archivos españoles (siglos XIII-XVII)* (Subdirección General de los Archivos Estatales), 2009: 54.

paulatinamente a Marruecos por su cariz más comercial que político, preferible a las presiones que ejercían los mercenarios castellanos en la corte del sultán.

2.2. Combatientes musulmanes al servicio de soberanos cristianos: el caso de los “jenets” de Aragón.

El norte de África y, especialmente, el reino de Túnez siguieron acogiendo a los nobles exiliados de las cortes peninsulares, al igual que los reinos cristianos acogían a sus homólogos musulmanes, si bien nunca llegaron a hacer gran uso de los mismos por el carácter interno de las estructuras militares peninsulares³⁷. Aún cuando los ejércitos cristianos sí estaban abiertos a soldados “infieles”, lo habitual era que su presencia se debiera a alianzas y lazos feudovasalláticos como el de Castilla con Granada, antes que a contratos.

La mayoría de los soldados mercenarios provenían de la tribu de los zenetes y no tenían como destino los reinos del norte, sino que preferían asentarse en Granada. El modelo de reclutamiento podía ser individual, deviniendo en servicio personal y ligazón directa con la casa real³⁸, pudiendo llegar a plantearse la conversión y superando por tanto los límites del mercenariado o bien en forma de compañías contratadas temporalmente.

El uso de estas tropas como parte de una guardia personal no será una invención castellana del siglo XV, puesto que ya en el siglo XIII podemos encontrar sus precedentes en la consolidación de una guardia real (*geneta*) en Aragón formada por caballeros musulmanes reclutados en Granada y el Magreb, y en la guardia de *elches* del Reino nazarí, también del siglo XIII y que entraría dentro de los razonamientos de Ibn Jaldun antes precisados.

El primer intento constatado en la documentación de reclutar soldados musulmanes en Aragón se dio en 1284, cuando Pedro III envió a su maestre racional Conrado Lancia para acordar una tregua e intercambio de prisioneros con Granada, con la misión añadida de contratar tropas. Alfonso III de Aragón (1285-1291) habría dado origen a una reducida unidad de la guardia real que constaba de quince caballeros, que

³⁷ El estudio de los mercenarios andalusíes y magrebíes en el norte cristiano adolece de una clara falta de estudios. A la falta de monografías para este periodo, habría que destacar que los dos libros clave *Caballeros españoles en África y caballeros africanos en España* (Giménez Soler, 1905), al igual que *Milicias cristianas al servicio de los sultanes musulmanes de al-Magreb* (Alamany, 1904) se encuentran claramente superados.

³⁸ A manera de observación, si la relación del mercenario con su empleador era larga no era raro que lo que empezó como un contrato financiero pasara a consolidarse con el vasallaje del empleatario. Los límites del mercenariado son a menudo confusos.

percibirían un salario al que se sumaba una cantidad para el mantenimiento de sus monturas. Los *jenets* estaban dirigidos por un tal Abenadalil, que con el tiempo se volvió vasallo del rey y miembro de la casa del rey de Aragón. Abenadalil y sus hombres se comprometieron a servir al rey aragonés a cambio del sueldo de costumbre, lo cual indica cierta tradición³⁹.

Existen numerosos ejemplos de contratos que nos hablan del estatus económico del mercenario islámico, entre los que podemos destacar las condiciones de servicio de Mohammed, hijo de Abulhayri el Arabi, bajo Jaime II de Aragón (1285-1302) junto a sus cuarenta hombres: cobrar él y dos de sus hijos dos doblas al mes y diez canas de buen paño al año, otros siete caballeros cobrarían ocho doblas mensuales y el resto, cinco doblas y diez canas, además se reservarían el quinto real en cuestión del botín⁴⁰.

El reclutamiento de “infieles” por parte de los cristianos o musulmanes para formar sus tropas e incluso componer sus guardias personales no debe verse de manera extraña ante el grado de dependencia con respecto al monarca, siendo una fuerza fiable, especialmente en los momentos de conflictos internos aunque, muchas veces, no causaran menos desmanes. Ese ejemplo que hemos visto en los cristianos que combatieron por los almohades en África también puede verse en estos *jenets*, que fueron utilizados por Alfonso III para luchar contra los nobles que se habían rebelado en el reinado de su padre.

Los hombres con los que contactó Lancia en origen no eran simples mercenarios, sino guerreros que habían venido a la frontera con la *yihad* en mente y que habían participado en múltiples expediciones del sultán benimerín Abu Yusuf⁴¹. De hecho, en 1287, los *jenets* se descontrolaron, saqueando y obligando a la actuación del rey. Las fuentes hablan de una “*guerra Janetorum*” que duraría desde marzo hasta octubre de ese año. De igual manera, tampoco inspiraban confianza por la creencia de que pudieran incitar la rebelión de los mudéjares; pese a ello, se mantuvieron al servicio del rey, parece que con la condición de que sus operaciones fueran exclusivamente contra cristianos.

³⁹ Giménez Soler: 52.

⁴⁰ Giménez Soler: 53.

⁴¹ Fancy, Hussein. «Theologies of violence: the recruitment of muslim soldiers by the Crown of Aragon.» *Past&Present* 221, nº 1 (2013): 62-64.

Así parece haber sido hasta 1304, cuando inesperadamente, en una incursión en tierras granadinas, los jenets participaron en una escaramuza junto al Temple contra la caballería nazarí. Su comandante de entonces, el príncipe benimerín Al-Abbas ben Rahu, se mostró profundamente indignado y declaró al rey que nada impediría a sus hombres salir del servicio. Así, dos meses después, ben Rahu realizó diversas correrías en el reino de Valencia, incitando a su vez a la rebelión de los mudéjares⁴².

Es difícil hacer una historia de los jenets durante el siglo XIV, apareciendo de manera muy confusa en las fuentes. Parecen estar en servicio durante todo el siguiente siglo, pese a las reticencias y presiones del papa Benedicto XIII, que en 1337 recomendó que no se hiciera acompañar por los mismos⁴³. Pese a todo, en ningún caso tendrán la importancia y alcance de la guardia morisca de Castilla.

⁴² *Ibíd*em: 65-66.

⁴³ Echevarría Arsuaga, Ana. *Caballeros en la frontera: La guardia morisca de los reyes de Castilla (1410-1467)*. UNED, 2006: 97-98.

3. El mercenariado en el resto de Europa durante la Plena Edad Media.

El contexto geopolítico viene marcado por el avance general del mundo cristiano, que se lanzará a la conquista de amplias áreas del dominio islámico tanto en Tierra Santa como en el Occidente peninsular, en una lucha en la que se combina el nacimiento de un espíritu cruzado, la configuración definitiva de los *bellatores* dentro de la sociedad y la existencia de unos excedentes económicos y sociales que necesitaban una salida. Si bien ambas áreas se vieron afectadas por la expansión militar, ni sus circunstancias ni contingentes eran similares.

La sociedad que encontramos en la Península Ibérica a principios del siglo XI se encuentra forjada en la guerra. La cruda sucesión de campañas por parte de Almanzor y sus inmediatos sucesores, Abd al-Malik y Abd al-Rahman “Sanchuelo”, no sólo consiguió condenar la sociedad andalusí con la creación de un ejército “permanente” compuesto por mercenarios norteafricanos y que intervendrán activamente en la crisis final del Califato, sino que también acabaría por militarizar a la sociedad del Norte cristiano, generando una primera distinción de los “miles” en la documentación frente a los campesinos. El mantenimiento de las mesnadas incide en las necesidades agrícolas, influyendo en la conformación del feudalismo peninsular y acabando por configurar a los *bellatores* como una parte esencial, privilegiada y prestigiosa de la sociedad, y a su función diferencial como una importante actividad económica, permanente en las zonas fronterizas a través de la práctica de la cabalgada, la forma habitual del conflicto bélico, según García Fitz⁴⁴ y evidente si observamos las disposiciones presentes en los fueros de las ciudades repobladas.

Encontramos la apropiación de una serie de recursos socioeconómicos y militares, capaces de mantener el territorio sin necesidad de recurrir a ayudas ajenas al sistema feudal o a guerreros contratados; si bien la ayuda de contingentes europeos no fue extraña gracias al carácter religioso de la contienda y de la creación de alianzas, la llegada de estos contingentes queda completamente ajena a la idea de “mercenariado”. En otras palabras, (...) *el sostenimiento de la guerra en las fronteras resultaba un*

⁴⁴ García Fitz, Francisco. «Prácticas guerreras en el mediterráneo latino (siglos XI al XIII). Cristianos contra musulmanes.» Editado por Daniel Baloup y Philippe Josserand. *Regards croisés sur la guerre sainte. Guerre, idéologie et religion dans l'espace méditerranéen latin (XIe au XIIIe siècle). Actes du Colloque international tenu à la Casa de Velásquez (Madrid) du 11 au 13 avril 2005*, 2006: 334.

*fenómeno no solo cercano y profundamente imbricado en la contextura institucional y social de sus comunidades, sino también ordinario y cotidiano*⁴⁵.

Es necesario, por tanto, conocer a su vez las obligaciones militares y las fórmulas de reclutamiento durante el periodo, como condicionantes del surgimiento o atracción del “mercenariado”.

Las obligaciones militares se mantuvieron siempre presentes en el caso castellano-leonés, aunque no será hasta época de Alfonso X el Sabio cuando se establecerá de manera legal, dentro de unas disposiciones muy generales que podían llegar a llamar a todos los pobladores del reino, aún cuando no hubieran sido convocados en situaciones de extrema gravedad, como ante cabalgadas enemigas o cuando una ciudad o villa resultaba cercada⁴⁶. García Fitz duda del grado de generalidad que nos quieren proporcionar los juristas alfonsíes y lo circunscribe lógicamente a las regiones más cercanas a las operaciones militares, y en todo caso, niega que en la práctica este sistema afectara al conjunto de la sociedad más que en momentos muy precisos. De este modo, los caballeros, aquellos miembros de un estamento con mayor formación militar y mejor equipamiento, serían el elemento determinante de un modelo de guerra que implicaba acciones rápidas y puntuales en territorio enemigo y que, por tanto, evitaba el uso de unos peones escasamente preparados; por otra parte, al mismo tiempo existían poblaciones libres por privilegio o carta y se generalizaba la redención de servicio por dinero o *fonsadera*. En general, la llamada general se realizaba en situación estrictamente defensiva y en un ámbito geográfico muy limitado. Sus conclusiones son fácilmente extrapolables a otros reinos cristianos peninsulares.

En todo caso, los márgenes donde operaba este reclutamiento se basaban en el contrato privado entre un señor y su vasallo, que podía recibir soldadas, tierras, tenencias o equipo militar, generándose una relación de dependencia y de servicio mutuo⁴⁷. Esta, por encima de otras cosas, será la base de los ejércitos de la época y marcará las relaciones entre el rey y la nobleza, e igualmente entre el rey y las oligarquías urbanas. A través de este modelo, nobles y señores de la guerra serán capaces de reunir

⁴⁵ *Ibíd*em: 350.

⁴⁶ García Fitz, Francisco. «La organización militar en Castilla y León (siglos XI-XIII).» *Revista de historia militar*, nº Extra 1 (2001): 65.

⁴⁷ Cabe recordar además que no todos los soldados que cobraban soldadas eran mercenarios, pues muchas veces constituían huestes estrictamente vasalláticas, pagadas para evitar su disolución después de su periodo de servicio obligatorio.

mesnadas, cuyo núcleo se basaría en sus allegados y vasallos más directos, pero en las que igualmente podían entrar otros contingentes pagados, a veces de origen ambiguo y desconocido, otras veces especificado; aunque apenas estudiados por la historiografía española.

Por otro lado, pocos individuos se prestaban por la razón que fuera a hacer la guerra lejos de sus obligaciones militares. La recepción de tropas mercenarias igualmente podía afectar a los *bellatores* de otros reinos como Aragón y Navarra, llevándolos a alejarse de sus tierras de origen y a servir, individualmente o con aquellos hombres que les debían fidelidad, bajo las órdenes de quien no fuera su señor natural. De igual modo, la presencia de soldados de fortuna no estaba limitada por las relaciones feudo-vasalláticas, puesto que en determinadas ocasiones incluso las órdenes militares llegaban a contratar combatientes para engrosar sus huestes⁴⁸, si bien su impacto nunca alcanzaría la escala presente en el Islam peninsular y magrebí. El ratio coste/beneficio entre la peligrosidad de la campaña y la posibilidad de botín era una variable decisiva en el tamaño de las mesnadas de un mismo rey, de una campaña a otra.

Estas actitudes han sido bien estudiadas en el caso europeo, donde como hemos indicado hubo guerreros peninsulares destacados. De hecho las fuentes documentales con frecuencia centran su foco en tres grupos de origen principales: navarros, vascos y brabanzones.

Con frecuencia, el reclutamiento de los mismos recaía en la pequeña nobleza. No es para menos, puesto que en el reino pirenaico, al darse por agotadas sus posibilidades de expansión, se dio un crecimiento del número de caballeros e infanzones. La situación a finales del siglo XII es de crispación social, hasta tal punto que Sancho VII restringió los duelos nobiliarios en 1192⁴⁹. Sólo unos pocos podían aspirar a integrarse dentro de las mesnadas reales, por lo que buena parte deberán encontrar otros caminos en un perfil que posiblemente haya quedado ejemplificado por Rodrigo y Martín de Argaiz⁵⁰, dos caballeros navarros de finales del XII e inicios del XIII que pretendían superar la

⁴⁸ Ruíz Gómez, Francisco. «La mancha en el siglo XII: sociedades, espacios, culturas.» *Studia histórica: Historia medieval* 24 (2006): 121.

⁴⁹ Roig Torres, María Elena. *Trovadores occitanos en Navarra, Navarra en los trovadores occitanos (1134-1234)*. Universidad de Barcelona, 2015: 360.

⁵⁰ Elía Munarriz, Alfredo. «Rodrigo y Martín de Argaiz: dos caballeros navarros.» *Príncipe de Viana. Anejo.*, nº 14 (1992): 353-356.

pobreza material y las escasas posibilidades de ascenso social de sus regiones de origen mediante la dependencia de otros señores y la guerra.

Rodrigo de Argaiz habría poseído un escaso patrimonio original, conocido por testamento de 1196, si bien detentó la tenencia de varias plazas al servicio de diferentes señores: bajo Fernando Ruíz de Azagra, señor de Albarracín, y Alfonso II, Rodenas y Martín; para después volver a su señor natural, Sancho VII el Fuerte, y ser tenente de Leguín. Por otro lado, estaba casado con Toda López, hija del mayordomo Lope de Valtierra, poseedora de gran número de heredades pero muy dispersas, a las que difícilmente podría hallar rentabilidad económica, viviendo ambos sumamente endeudados.

Martín de Argaiz en cambio destacó por sus hechos de armas en Francia. Presente en la *Historia albigensium*, desarrolló su carrera militar en el enfrentamiento entre Felipe Augusto y los reyes Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra. En 1196, se puso al servicio de Ricardo de Inglaterra, continuando tras su muerte al servicio inglés. Durante su periodo de servicio hizo méritos de servicio, especialmente en la toma de Castelnaud (1202), logrando ser senescal de Gascuña y Perigord desde 1203 a 1206. Posteriormente, aliado con los cruzados de Monfort acabaría por cambiarse de bando, obteniendo el señorío de Biron de Ramón de Tolosa (1211) y siendo capturado y muerto al año siguiente.

De manera que la génesis de la baja nobleza entre los siglos XI y XII ha sido observada a partir de un proceso de consolidación tanto en sus regiones de origen como en el exterior. Mientras en regiones como Occitania sus miembros buscaran crear un espacio dentro de las cortes señoriales e igualar a las estirpes ilustres, en la Península Ibérica fue igualmente conducida al exterior⁵¹, combatiendo o luchando por el musulmán o, en el caso navarro-pirenaico, centrando su actividad en el Norte⁵², aumentando su reputación como mercenarios (o, a veces, como bandidos, normalmente en aquellas regiones de donde procedían los soldados de fortuna⁵³). Esta fama es reconocida dentro de los

⁵¹ Sin por ello abandonar la vertiente interna, destaca la formación de ligas urbanas frente a los intereses señoriales. Roig Torres, María Elena. «Los trovadores en lengua d'Oc y el Reino de Navarra (siglos XI-XIII): sociogénesis de un desencuentro.» *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (2005)*, López Castro y Cuesta Torre coords. (Universidad de León), 2007: 985.

⁵² *Ibidem*: 984.

⁵³ El bandolerismo navarro al norte de los Pirineos se encuentra muy presente en las fuentes de la época. Entre ellos, los *Algais* configurarían un grupo destacable durante los siglos XII y XIII. Martín de Algais

propios poemas trovadorescos. Ejemplo reconocido es el de la canción *Si soutiis senz* de Giraut de Bornelh (1138-1215)⁵⁴:

*Et hom non deu temer
mal per Dieu gazaïnar
ni non fai a doptar
lo comensars,
que Gascons e Navars,
si lor acnd' avcres,
adaira-l bos espers
e Dieus ira denan
los nostres chapdelan!* (vv. 82-90)

E igualmente podemos encontrar a navarros, vascos y gascones dentro de los ejércitos presentes en la obra de Bertran de Born, en el *Mailoli*, *joglar malastruc* y en el *Ar ve la coindeta sazoz*.

Los mercenarios aparecen de manera rotunda en el siglo XII, configurándose como un elemento característico de los ejércitos implicados en el sur de Francia, favorecidos en parte por la debilidad de los vínculos vasalláticos dentro de la sociedad occitana, cuyas laxas obligaciones militares obligarían a su contratación. En un contexto marcado por la *revolución comercial*, al aumento del curso monetario le siguió su acumulación por los príncipes europeos, ya fuera a través de sus dominios patrimoniales, al crecimiento de las exacciones fiscales o por la conmutación del servicio por pagos en metálico⁵⁵.

La capacidad de los gobernantes para contratar mercenarios había aumentado mientras el sistema feudal estaba evolucionando a través de la progresiva remuneración monetaria de los servicios feudales⁵⁶, principio sobre el que se basará la soldada en Inglaterra desde mediados del siglo XII y Francia en el siglo XX. Esto explicaría la costumbre de que la soldada fuera diaria, al pensarse en la financiación de una campaña

posiblemente perteneciera a los mismos, sin embargo su identidad está todavía en debate. Roig Torres, María Elena. *Trovadores occitanos en Navarra, Navarra (...)*: 381.

⁵⁴ *Ibíd*em: 985.

⁵⁵ Contamine, Philip. *La guerra en la Edad Media*. Barcelona: Nueva Clio, 2018: 114-115.

⁵⁶ "...se nos presenta con más frecuencia como una especie de indemnización de campaña y no como un auténtico salario profesional, que permitía a estos guerreros temporales hacer frente a los gastos suplementarios ocasionados por su participación en las expediciones militares". *Ibíd*em: 119.

muy corta. En todo caso, la remuneración debía de ser capaz de cubrir los gastos de los combatientes, de lo contrario resulta poco probable que hubieran aceptado pelear por una soldada idéntica a infantes y caballeros, tal y como ocurría en la época.

Jacques Boussard fue el primero que planteó que Enrique II de Inglaterra había optado por la sustitución del sistema típico de levas a un sistema de contratación o *scutage*, a partir del número de mercenarios encontrados en los *Grandes Rollos*, una colección de registros financieros en formato de rollo y cuyo origen estaría en el siglo XII, que daría una cifra máxima de seis mil efectivos durante la revuelta de 1173-1174. Prestwich ha dado recientemente una cifra relativamente baja para el mismo periodo⁵⁷, de los cuales presumiblemente un porcentaje destacado provenían de las áreas geográficas destacadas.

El grado de reconocimiento que hallaron los mercenarios de las zonas pirenaicas les valdría ser castigados por el Tercer Concilio Laterense de 1179, donde se condenaban sus acciones en tierras occitanas y su empleo por los poderes cristianos. Por su heterogeneidad, muchos de los mercenarios de la época eran individuos procedentes de los eslabones más débiles de la sociedad, cuyo propósito era la supervivencia. No eran, por tanto, verdaderos profesionales de la guerra sino, como indicaba Duby, gentes que *habían roto las barreras sociales al mezclarse con los guerreros sin estar, por su condición, destinados al uso de las armas (...)*⁵⁸ por lo cual debían de ser condenados. Los coetáneos distinguían entre estos “desarrapados” y aquellos caballeros que ofrecían el servicio a cambio del pago de una soldada por su origen social y su supuesto conocimiento y mantenimiento de las formas moralmente correctas de hacer la guerra. La *Canso de la Crosada* distingue a los mismos a partir de dos formas de hacer la guerra: los *roters*, tropas de caballería, bien armadas y organizadas; y los *ribaldos*, de una condición social y unas capacidades militares inferiores⁵⁹.

En la práctica, el Concilio de Letrán equiparaba a los mercenarios con los herejes, llegando a plantear incluso la posibilidad de hacer la cruzada contra sus empleadores. De tal manera que, por ejemplo, la *Canso de la Crosada* Guillermo de Tudela presenta a

⁵⁶ Hosler, John D. «Revisiting mercenaries under Henry-fitz empress, 1167-1188.» Editado por John France. *Mercenaries and Paid Men, The Mercenary Identity in the Middle Ages. Proceedings of a Conference held at University of Wales, Swansea, 7th -9 th July 2005*, 2008: 33.

⁵⁸ Roig Torres, op. cit: 365.

⁵⁹ Alvira Cabrer, Martín. *Muret 1213. La batalla decisiva de la cruzada contra los cátaros*. Ariel, 2008: 132.

los mercenarios de manera omnímoda en el bando albigense, desapareciendo en el cruzado y destacando igualmente su origen navarro. Las fuentes coetáneas parecen querer hacer desaparecer a las tropas contratadas tanto en los ejércitos de Felipe II de Francia como de los cruzados, quedando reducido su uso a los angevinos o al conde de Tolosa en una visión muy parcial de la realidad.

Alejándonos del ámbito occitano, la presencia de mercenarios de origen ibérico se difumina enormemente. Buen ejemplo lo da el contrato, recogido por Contamine, entre una ciudad de Florencia, con problemas para hacer cumplir las obligaciones militares a la élite patricia, y la compañía de cien caballeros de Inghilese de Saint-Rémy en 1277. De esos cien caballeros, podemos localizar el origen étnico de 53 de ellos a partir de su onomástica, entre los cuales 28 serían de origen occitano, otros ocho provenientes de Francia, dos serían flamencos, siete italianos, un inglés y siete serían de origen hispánico⁶⁰.

Refiriéndose a su modelo operacional, Hosler plantea el uso táctico de unos mercenarios que operaban en unidades independientes y, a partir de sus diferentes cualidades, siempre observando la cercanía entre su zona de reclutamiento y la de despliegue de operaciones. Teniendo igualmente en cuenta que la eficiencia entre uno y otro grupo era muy variable, dado el carácter individual del modelo de reclutamiento, la reputación de un grupo de mercenarios podía hacer preferible su contratación con respecto de otros.

Navarros, vascos y gascones son reconocibles dentro de las fuentes por su dominio de las armas arrojadizas, sin embargo, había gran variedad de mercenarios entre peones, sargentos, arqueros, ballesteros o incluso caballeros⁶¹. Peire Vidal daba loas sobre la habilidad de sus *dardiers* y el autor de *la Canso* muestra como en el ataque a Casseneuil la guarnición pudo defenderse a diferencia de otras fortalezas por su habilidad con la jabalina⁶². Su labor en campaña como tropas ligeras recaería en el apoyo de la caballería pesada, protegiendo a los caballeros en las marchas, antes de la batalla y en el intervalo entre una carga y otra.

Con respecto a aquellos contingentes que pudieran haber participado en conflictos dentro de la Península Ibérica, su importancia es claramente marginal, pues se

⁶⁰ Contamine: 126.

⁶¹ Alvira Cabrer: 133.

⁶² Roig Torres: 426-427.

encuentran prácticamente ausentes en las fuentes. Ello puede explicarse por la existencia de una nobleza guerrera y la posibilidad de convertir la guerra contra el Infiel en un negocio lucrativo, capaz de atraer a numerosos caballeros ultramontanos, aunque todavía faltan estudios historiográficos sobre la materia. Con todo se puede afirmar que, aunque se consolidasen los movimientos previos y surgieran compañías en Navarra o Aragón con acciones de calado internacional, la Península no será lugar de acogida de tropas mercenarias hasta bien entrado el siglo XIV, especialmente a partir de la internacionalización de la Guerra de los Cien Años a los conflictos existentes.

4. Una nueva era: las transformaciones en el papel del mercenariado en los conflictos del siglo XIV.

Como hemos indicado, el siglo XIV conoce una serie de cambios estructurales en la guerra y los ejércitos europeos que han sido objeto de debate por la historiografía europea, especialmente por ciertos autores anglosajones como Ayton o Rogers, que han dado lugar a la idea de una “Revolución militar” que se habría caracterizado, de manera somera, por la primacía de la infantería sobre la caballería pesada, el incremento del tamaño de los ejércitos y una serie de cambios técnicos y tecnológicos de gran importancia.

La celeridad de estos cambios no fue la misma de un estado a otro. La Corona de Aragón, por ejemplo, sostuvo una evolución más temprana durante los siglos XIV y XV hacia formas de contrato a sueldo y una administración militar centralizada en la casa real, combinándose la clientela militar del rey con compañías contratadas. Mientras que Castilla, en cambio, mantuvo unas estructuras feudales con múltiples llamamientos generales en fechas tan tardías como 1390.

La “anomalía” castellana radicaría no tanto en la reivindicación de su posición por una aristocracia guerrera, sino en el carácter feudal que se mantuvo junto al sistema de pagos. Los *libramientos*, formulados en el Ordenamiento de 1338, diferían en concepto de los *indenture contracts* ingleses, que no tendrían por qué ser exclusivos de los vasallos del rey, mientras que en Castilla mantenían su importancia, de manera que *las relaciones personales y las redes clientelares representaban el armazón del ejército y la forma de reclutarlo*⁶³, permitiendo al rey mantener su control sobre los notables del reino.

La aplicación de la teoría se basa en una dicotomía en la que normalmente se realiza una visión comparada con Inglaterra, que trata de juzgar el escaso papel del mercenariado peninsular como consecuencia del fracaso de una Revolución Militar en Castilla. Para ello, se realiza una categorización a partir de la velocidad con la que se realizan los cambios, explicando la adopción temprana de tropas a sueldo, por reinos como Aragón o Inglaterra, a partir de una política exterior ofensiva y otra de una velocidad inferior,

⁶³ Arias Guillén: 209.

más defensiva, en el que entrarían Francia, Castilla o Portugal, centradas en guerras de frontera con una dinámica de cambio mucho más lento⁶⁴.

Ello no quiere decir que la nobleza aragonesa abandonara su función militar con respecto a la castellana -es más, la nobleza en la Península Ibérica mantuvo tal actividad como un rasgo claro de su identidad y como una vía de promoción social- sino que la monarquía había perdido la capacidad de movilización de sus mesnadas con facilidad⁶⁵.

El mantenimiento de la actividad militar terminaría por limitar el desarrollo del mercenariado en la Península Ibérica a ciertos conflictos.⁶⁶ La Península rara vez vio la proliferación de tropas extranjeras y cuando se dio la llegada de contingentes apreciables fue por causas religiosas o de prestigio, como las que motivaron a los caballeros que a lo largo del siglo acudieron a la guerra de Granada. De los mercenarios, se puede decir que *se configuraban como unidades marginales contratadas por los monarcas en caso de necesidad. Eso sí, dado su carácter de profesionales de la guerra su participación podía ser, y de hecho lo era, decisiva*⁶⁷.

El desarrollo del mercenariado extranjero en la Península quedaba limitado dentro de unas estructuras militares autónomas, aún cuando como mercado *fuera bastante fluido durante la centuria, que circuló en varios sentidos y que, en todo caso, no se agota en las participaciones apuntadas: de hecho, la caída de las rentas nobiliarias debió de empujar a más de un noble castellano y a sus entornos armados a ponerse al servicio de otros reinos*⁶⁸.

Junto a esta explicación de la evolución de los reinos hispánicos, hay que recordar la importancia de la economía. El “mercado militar” igualmente evolucionaba en Europa, gracias no solo al descenso del poder de convocatoria del resto de monarquías medievales, sino también al crecimiento de la circulación monetaria y del número de

⁶⁴ Arias Guillén: 214.

⁶⁵ Valga recordar las dificultades de financiación provocadas por los notables y las Cortes, y de las escasas posibilidades demográficas de la Corona. Aragón, al igual que Navarra, afrontó el reto de enfrentarse a poderosos reinos vecinos que multiplicaban su número de tropas y tener que llevar a cabo operaciones militares alejadas y complejas en las islas mediterráneas.

⁶⁶ Lafuente Gómez, Mario. «Presentación del dossier: Guerra y competencia entre Estados en el Mediterráneo Medieval (siglos XIV-XV).» *Revista Universitaria de Historia Militar* 6, nº 11 (2017): 17-18.

⁶⁷ De Benito Rodríguez, Miguel Ángel. «Las tropas extranjeras y su participación en los ejércitos castellanos durante la Baja Edad Media.» *Revista de historia militar* 75 (1993): 47.

⁶⁸ García Fitz, Francisco. «“Las guerras de cada día”. En la Castilla del siglo XIV.» *EDAD MEDIA. Revista de Historia*, nº 8 (2007): 163.

gente dispuesta a combatir voluntariamente por una soldada en un fenómeno entre los que muchos de sus participantes difícilmente pueden definirse como mercenarios, porque aunque tuvieran la motivación de lucrarse, no se desvinculaban de su señor natural, el rey.

En Inglaterra, desde finales del siglo XIV, formaban un porcentaje muy destacado de su ejército las compañías mercenarias. Tan sólo en 1359, de los 4000 hombres de armas que componían las tropas inglesas en Reims, unos setecientos eran mercenarios⁶⁹. En sí, la circulación monetaria no eliminó las mesnadas feudales, sin embargo, en Inglaterra la consolidación del régimen feudal en uno de “tierras y de tenencias” había acabado por obligar a cambiar los lazos entre el “Estado” y su pueblo⁷⁰.

Al lento proceso de consolidación de la configuración de compañías militares (desde mediados del siglo XII hasta finales del siglo XIII) hay que sumar la creación de contratos militares desde finales del XIII, en los que comúnmente se fijaba el número de hombres y su periodo de servicio, aunque las condiciones no siempre eran igual de explícitas. Por ejemplo, en España no era rara la enumeración de los caballeros junto a sus nombres, mientras en otros lugares eran denominadas de manera genéricas como lanzas⁷¹. Las características de estos contratos eran en todo caso muy flexibles, no solamente limitándose a los jefes de la expedición y los capitanes, sino que igualmente estaban abiertos a la subcontratación de más tropas por parte de los cabecillas⁷².

Pese a todo, las características generales de estos mercenarios y la imagen que de ellos desprenden las fuentes poco han variado⁷³.

Estos *routiers* serían contratados para breves campañas, después de las cuales serían despedidos del servicio, manteniendo su unidad como cuerpo, quedando con sus armas y poniendo a su disposición las comarcas colindantes. La indisciplina de estas tropas con frecuencia también podía llevarles al saqueo, aún cuando estuvieran contratadas. Este es el caso del saqueo de Barbastro por compañías contratadas por Enrique de Trastámara, pudiendo incluso llegar a hacerse fuertes en un punto extendiendo sus rapiñas y obligando a que las mismas autoridades que los habían contratado tuvieran

⁶⁹ Arias Guillem: 213.

⁷⁰ Contamine: 189.

⁷¹ Bernaldo de Quirós Murugarren, Pablo. *Los contratos militares en la Europa Feudal (Siglos XIII-XIV)*. Dirigido por Mario Lafuente Gómez, grado en Historia, Universidad de Zaragoza. 2018: 23.

⁷² Contamine: 191.

⁷³ De Benito Rodríguez: 50-53.

que reaccionar contra ellos. Las prácticas abusivas de los hombres de armas se traducían en el rechazo de la población, a tal punto que la obligación de alojarlos, que recaían sobre los concejos, debió de ser recordada insistentemente por Pedro IV. De igual modo, su itinerario intentó ser modificado por las autoridades de Zaragoza para limitar su contacto con el núcleo urbano y en la región de Zaragoza se consolidó, a partir de la década de 1370, la costumbre de incluir una cláusula por la cual se perdonaba el pago del censo anual si las tierras habían sido arrasadas⁷⁴.

En cualquier caso, aquellos seguían siendo cuerpos heterogéneos, internacionales, compuestos por individuos marginales, pertenecientes tanto a las ciudades como a las áreas rurales más pobres, y que igualmente con frecuencia podían estar liderados por miembros de la nobleza, algunos de ellos segundones. Mantenían el fuerte estigma religioso que habían portado durante la Plena Edad Media.

Por si esto no hacía que su contratación fuera arriesgada, además eran sumamente caros. Sus salarios eran mucho más altos que el de los soldados autóctonos y sólo la proliferación de los mismos en una región podía hacer controlar su coste a partir de “la oferta y la demanda”⁷⁵. Característica que sobradamente demostraron en la Península Ibérica durante la segunda mitad del siglo XIV.

4.1. Las Grandes Compañías en la Península Ibérica.

El gran momento de proliferación del mercenariado en la Edad Media peninsular se corresponde con el reinado de Pedro I de Castilla (1350-1369), marcado por las guerras frente a su hermano, Enrique de Trastámara, y con sus vecinos, Granada y, sobre todo, Aragón. Gran parte del papel de los mercenarios en tales conflictos puede ser analizada a partir de la crónica de Pedro López de Ayala, quién retrata a un ejército castellano feudalizado y saturado por sus necesidades militares.

Desde el inicio de la Guerra de los Dos Pedros, podemos encontrar la presencia de mercenarios en los ejércitos castellanos y aragoneses. Algunos de ellos son personalidades muy destacadas en sus respectivos lugares: En 1357, podemos ver al servicio de Pedro I de Castilla al señor de Albret, quien no vino sólo por el sueldo, sino también para enfrentar a su enemigo, el conde de Foix, que servía en las líneas de Pedro

⁷⁴ Lafuente Gómez, Mario. «Comportamientos sociales ante la violencia bélica en Aragón durante las guerras con Castilla (1356-1375).» *Historia. Instituciones. Documentos*, nº 35 (2008): 259-262.

⁷⁵ *Ibidem*: 52.

IV de Aragón. Sin olvidar a Luis de Navarra, quien también se alistó bajo Pedro I (1363). A pesar de ello, estos aportes palidecen ante la llegada de la Compañía Blanca (1366), contratada con capitales de Aragón, Francia y el Papado. Las Grandes Compañías aportaron 3.000 lanzas al ejército de entre 10.000 y 12.000 hombres de armas que trajo Enrique de Trastámara a España, según la crónica de Pedro López de Ayala.

El mercenariado había tenido un fuerte impulso como resultado de la Guerra de los Cien Años, sin embargo, con el tratado de Bretigny (1360) el ejército inglés prescindió de sus servicios sin darse un proceso de desintegración de los grupos armados. Los *routiers* se mantenían en el campo gracias al bandidaje. Entre sus actividades encontramos el secuestro con el fin de cobrar rescates, el saqueo de aldeas y pueblos, el asalto de caravanas o la imposición de “impuestos” de paso en las carreteras. Sin un ejército real fuerte en Francia que pudiera hacerles frente, los señores locales se veían forzados a pagarles para evitar problemas mayores⁷⁶. Los años habían pasado sin ninguna solución.

Su llegada supuso un alivio para Pedro IV y el propio Carlos V de Francia. A uno le interesaba para poder enfrentar a Pedro I, a otro, mantener alejados a estos grupos de sus territorios, motivación tan importante como la aversión al rey castellano por la muerte de Blanca de Borbón y su posterior matrimonio y alianza con Eduardo III de Inglaterra.

Por si fuera poco, la deuda que caía sobre el pretendiente Enrique de Trastámara acercaría estratégicamente a Castilla a Francia⁷⁷. El envío de tropas mercenarias tuvo una trascendencia estratégica para ambos bandos, que se demostraron incapaces de mantenerse con sus propios apoyos internos en diferentes puntos de la contienda y acabaron por forzar su introducción en el gran conflicto internacional europeo.

El mando del ejército quedó bajo Bertrand Du Guesclin, capitán de probada habilidad y experiencia, cuyo prestigio personal consiguió atraer a algunos de los principales nobles de Francia (el conde de la Marche, el de Borbón, el mariscal d’Audrehem, etc.) e incluso Inglaterra (Juan Devereux o Hugo de Calveley). Se trataba de un verdadero

⁷⁶ Taylor, Lewis. «The Evolution of Military Systems during the Hundred Years War.» *McNair Scholars Journal* 19, nº 1 (2015): 45-55.

⁷⁷ *Ibidem*: 49.

ejército multiétnico basado en un núcleo de franceses y bretones, con un importante componente de gascones, de Guyena e Inglaterra que sumaría un tercio del total.

El avance del ejército de Enrique fue arrollador, produciéndose numerosas adhesiones a su bando. Pedro I hubo de huir y entrar en contacto con Eduardo, príncipe de Gales, haciendo importantes cesiones territoriales (Acuerdos de Libourne, 1366) para poner en escena *diez mil omes de armas, e otros tantos flecheros*⁷⁸, principalmente ingleses y gascones, que derrotaran al ejército del Trastámara en Nájera (1367).

La ayuda militar no resultó barata para el castellano, pues hubo de comprometerse a dar el señorío de Vizcaya, la villa de Castro Urdiales y los puertos de Bermeo, Bilbao y Lequeito, junto a 56.000 florines, a Eduardo de Gales. Sin olvidar que al condestable de Guyena, John Chandos, le debía entregar Soria. Sus hijas Beatriz, Isabel y Constanza, heredera de Castilla, serían rehenes. Además, anticiparía 550.000 florines para pagar a las tropas durante seis meses. A esto había que sumar otros contingentes como los navarros. Carlos de Navarra se comprometió a enviar 2.000 hombres, Pedro I se comprometía a pagar 100.000 florines en concepto de indemnización por los peligros que pudieran sufrir en su reino y 36.000 florines mensuales y hacer concesiones territoriales. En total, a Pedro I la contratación de las compañías le costó 1.659.000 florines⁷⁹ que se elevaron a 2.720.000 al final de la campaña.

Tras la batalla, el cuerpo inglés abandonaría Castilla, Pedro el Cruel no podía afrontar su contratación y trato de mantener a los ingleses con joyas, aljófar y piedras preciosas que la tropa malvendía por dinero con el que cubrir sus gastos, mientras que daban lugar a todo tipo de altercados por el reino.

La campaña también había resultado costosa para el inglés, que hubo de contraer una deuda con los capitanes de las compañías y los señores de Gascuña, y se mostró incapaz de pagar con los rescates de los prisioneros. El Príncipe Negro, harto del castellano y contando con que no iba cobrar los veinte castillos del aval que reclamaba, dejó solo al monarca frente a un pretendiente que continuó con su alianza con el rey francés⁸⁰, constatable a partir del tratado de Toledo de 1368: los acuerdos entre el Trastámara y

⁷⁸ Oliva Manso, Gonzalo. «El ejército castellano del siglo XIV. Una mirada a través de la crónica de Pedro I.» *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz: el Ejército y la guerra en la construcción del Estado* (Leandro Martínez Peñas, Manuela Fernández Rodríguez coord.), 2012: 84.

⁷⁹ Bernaldo de Quirós: 41.

⁸⁰ Oliva Manso: 84. De Benito: 57-58.

Carlos V de Francia en un primer momento consistieron en unas trescientas lanzas, dirigidas por Arnao de Solier, Pierre de Vilaines y Bernal de Béarne, a las que se sumaron otras quinientas lideradas por Du Guesclin. Los franceses se mantuvieron en servicio de su enemigo hasta el final del conflicto civil.

El éxito enriqueño había sido habilitado por la correcta capacidad de organizar un sistema de pagos por Du Guesclin y por su habilidad para obtener dinero de sus diferentes contratadores. Enrique de Trastámara había tenido mayor fortuna que su hermano con respecto al pago a sus mercenarios en un primer momento. Proclamado en Calahorra por unos *routiers* deseosos de mercedes, sus dificultades iniciales se solucionaron con la captura del tesoro real en Sevilla ante la huida petrista, no dudando en licenciar a la mayoría de sus problemáticas tropas antes siquiera de haber entablado batalla, manteniendo un reducido cuerpo de 1.500 lanzas. No obstante, a su vuelta a Castilla se vio obligado a devaluar la moneda dos veces para poder pagarles en 1368 y 1369, produciendo una grave inflación, y a entregar numerosos señoríos a sus capitanes, los cuales los vendieron para retornar a Francia con pingües beneficios⁸¹.

Las concesiones realizadas por Pedro IV de Aragón fueron igualmente cuantiosas. Entre ellas, Du Guesclin recibió el condado de Borja así como los valles del Elda y el Novelda, en Valencia, percibiría además una pensión vitalicia de dos mil florines anuales y las rentas de los castillos ocupados por Pedro I en Valencia⁸².

No menos problemático resultaba el mantenimiento de la lealtad de los mercenarios, sólo mantenida con absurdas cantidades de dinero y concesiones. Los enriqueños tuvieron que soportar ya en 1366 el intento de defección del señor de Albret junto sus familiares y amigos al campo petrista, mientras que no pocos nobles ingleses avisaron al Trastámara de los problemas del Príncipe Negro con su cliente⁸³.

A pesar de ello, su presencia no sólo se debía a un mero valor cuantitativo sino también a la introducción de diferentes innovaciones que alterarían el sistema militar castellano y que Enrique de Trastámara pudo reconocer en una época relativamente temprana, cuando entre 1361 y 1362 hizo la guerra en Provenza y Languedoc junto a una pequeña compañía de castellanos al servicio de Juan II. La adopción no sería igualmente sencilla,

⁸¹ Sólo Bernal de Bearne se quedó en Castilla tras la intervención. *Ibíd*em: 58.

⁸² Bernaldo de Quirós: 44.

⁸³ Oliva Manso: 86.

siendo evidentemente más rápida en el caso del armamento que en el plano táctico, perdurando estrategias como la clásica carga frontal de la caballería feudal, ya superada por los ingleses en Crecy (1346)⁸⁴.

Después de la victoria enriqueña, encontramos durante un tiempo tropas extranjeras, especialmente francesas, con cierta normalidad en razón de la alianza franco-castellana. La guerra se mantendría en la Península Ibérica, enfrentándose Inglaterra y Francia a través de los conflictos dinásticos entre Portugal y Castilla en las llamadas Guerras Fernandinas (1369-1371, 1372-1373 y 1381-1382) y el interregno portugués de 1383-1385. No vamos a referirnos extensamente a las acciones militares del conflicto, pero sí debemos señalar que los mercenarios fueron utilizados ampliamente por ambas partes, acelerando el proceso de cambio militar también en Portugal.

La mayor acción de la contienda, Aljubarrota (1385), ha quedado para la posteridad como ejemplo de la superación de las tácticas anticuadas de los feudales ante un planteamiento relativamente sencillo, en el que el ejército anglo-portugués adoptó posiciones defensivas sobre una colina y se atrincheró, ralentizando la primera carga de la caballería francesa lo suficiente como para asaetarla. Pese a ser este el mayor exponente, podemos ver la rápida adaptabilidad de los portugueses con la repetición de sus tácticas en la batalla de Atoleiros (1384), donde el uso del terreno y la copia de la táctica inglesa de tiro a larga distancia dio con otra victoria portuguesa sobre los castellanos⁸⁵.

La derrota castellana forzó los esquemas militares del reino. Las negociaciones exitosas del arcediano de Alcaraz, don Pedro López, persuadieron a Carlos VI para conceder 2.000 hombres de armas, a los que se sumaría la compañía de Johel Rolandi, movilizada por el cardenal Pedro de Luna. En total, los castellanos lograron reunir 10.000 hombres con sueldo para tres meses, que consiguieron preparar defensas efectivas que frenaron la ofensiva anglo-portuguesa. La llegada de la paz en 1387 fue recibida con alivio al

⁸⁴ Resulta significativo un fragmento de la propia crónica de Pedro López de Ayala, citado con cierta frecuencia: “E á todos estos dixeron en las partidas de Castilla la Gente blanca; ca ay comenzaron las armas de bacinetes, é piezas, é cotas, é arnes de piernas, é brazos, é glaves, é dagas, é estoques; ca antes otras usaban perpuntos, é lanzas é capellinas; é antes decían omes de caballo, é daqui comenzaron tantas lanzas” Ibídem: 87.

⁸⁵ Ribeiro Pereira, Joel. *Os mercenários nas Guerras Fernandinas e nas Guerras da Independência (1367-1411)*. Universidad de Miño, 2020: 20.

permitir por fin despedir a las compañías francesas, sin provocar mayores daños en las regiones que merodeaban.

La batalla de Aljubarrota significó la renuncia a la dependencia de contingentes extranjeros: su intervención era costosa, sus acciones afectaban demasiado a la población y su efectividad en batalla campal (dada la inferioridad táctica de la carga frontal), cuestionable. Juan I reformó el ejército, de manera que a partir de entonces Castilla prescindiría de los mercenarios⁸⁶. Las cortes de Guadalajara de 1390 supusieron un paso firme en la profesionalización del ejército castellano, al pretender crear un cuerpo permanente de 1.000 ballesteros, 1.500 jinetes en Andalucía y 4.000 lanzas en Castilla⁸⁷.

4.2. *Routiers* españoles en Francia

Como se ha indicado, la presencia de mercenarios no fue extraña en los dos bandos en liza durante la Guerra de los Cien Años. Naturalmente, la naturaleza fronteriza del reino francés facilitó la movilización de ciertos aventureros con afán de riquezas y gloria, que provendrían especialmente de Navarra, como reino “neutral” entre Castilla, Inglaterra, Francia e Inglaterra, afectado de manera marginal por la contienda.

Pese a ello, los navarros no fueron los únicos mercenarios ibéricos. Al ejemplo propuesto por Jean-Pierre Jardin de Enrique de Trastámara, habría que sumar otros tantos como Rodrigo de Villandrado (1378 o 1388-1448) o Francisco de Surienne *el Aragonés* (1398-1462), que realizaron su carrera durante el siglo XV⁸⁸, saliendo de los márgenes temporales que proponemos.

Del mismo modo, durante el siglo XIV, asistimos a aventuras en lugares lejanos por parte de la Compañía Catalana y la Compañía Navarra en Grecia, que por cuestión de espacio y de objeto de estudio no se tratarán en amplitud, pero de las que habría que destacar igualmente el mayor interés que han recibido por la naturaleza lejana y casi “exótica” de las expediciones, además de por haber concluido sin su líder original, por asentarse en las regiones que conquistaron.

⁸⁶ De Benito: 62.

⁸⁷ García Fitz, op. cit: 154-155.

⁸⁸ Jardin: 33-39.

La política exterior de los Evreux acabaría igualmente por cambiar el aparato militar del reino ante la necesidad de reunir una tropa capaz a partir del servicio militar voluntario retribuable durante la segunda mitad del siglo XIV, puesto que el Fuero General de Navarra únicamente restringía el servicio de la nobleza a la defensa de las fronteras patrimoniales del Reino, quedando fuera los dominios franceses de la dinastía⁸⁹.

El periodo que va entre 1328 y 1404 es considerado como el de mayor proyección internacional del reino navarro gracias a la instauración de la dinastía condal de los Evreux, con fuertes relaciones entre Navarra y Francia, lo que tuvo un claro reflejo en su actividad militar. A medida que va transcurriendo el siglo, la intensidad de los conflictos crece tanto en número y frecuencia de las campañas como de tamaño de los contingentes implicados. Del mismo modo, a raíz de la experiencia de los contingentes navarros y su proximidad geográfica no es raro que, como contingentes a sueldo, fueran un grupo bien acogido por parte de Inglaterra en Aquitania.

Sin embargo, las diferentes noticias de “aventureros” peninsulares en Inglaterra y Francia a duras penas han conseguido llamar la atención de alguien⁹⁰, destacando con rareza algún nombre. El más destacado, un tal “Janico Dartasso”, cuyas capacidades llamaron la atención de sus contemporáneos, que ha sido objeto de algún trabajo⁹¹. Aparece en la obra de Froissant en 1378 como el carcelero de Olivier Du Guesclin bajo el nombre de Jean Cok, habiendo permanecido en Cherburgo como hombre de armas desde al menos 1367/1368. Los siguientes años de su biografía resultan bastante confusos, con un cambio frecuente de sus empleadores, pasando del servicio de Navarra al servicio inglés entre 1379 y 1383, actuando bajo la dirección de algunas de las principales casas de Inglaterra como los Percy o John Waltham, obispo de Salisbury y tesorero de aquel reino, cuya posición en la Corte le permitió entrar en contacto con el rey⁹².

Los archivos ingleses pueden presentar todavía mucha información al respecto. Prueba de ello lo dan varios ejemplos expuestos por Ciganda, como cuando en 1357 las tropas navarras en Gascuña, que se encontraban al servicio inglés, debieron de ser llamadas

⁸⁹ Ciganda Elizondo, Roberto. «Tropas navarras en las contiendas europeas bajo los primeros Evreux (siglo XIV).» *Iure vasconiae*, nº 4 (2007): 75.

⁹⁰ *Ibidem*: 96.

⁹¹ Walker, Simon. «Janico Dartasso: Chivalry, Nationality and the Man-at-Arms.» *History* 84, nº 273 (1999): 31-51.

⁹² *Ibidem*: 35, 37-38.

para cumplir la movilización del reino en Cherburgo⁹³. La investigación del tema permanece, sin embargo, prácticamente inexplorada.

Naturalmente, la demanda militar llevó al reclutamiento de gentes de fuera del reino. El territorio navarro era objeto de depredaciones por sus vecinos guipuzcoanos. La disminución de los ingresos de los linajes locales les llevó al saqueo de Navarra y Vizcaya, a la proliferación de las guerras de bandos y, en definitiva, a la consolidación de un mercado de mercenarios. La monarquía navarra solucionó su falta de efectivos humanos y la incidencia del bandidaje guipuzcoano poniéndolos bajo su servicio. Este desarrollo ha sido estudiado con gran detalle por Fernández de Larrea⁹⁴.

Las noticias de mercenarios entre la segunda mitad del siglo XIII y 1350 son muy escasas, mientras que las depredaciones son frecuentes. Los oficiales navarros pretendieron crear canales de contacto con los linajes guipuzcoanos, fracasando en primera instancia. La política de Navarra cambió a mediados del siglo XIV, teniendo éxito en reducir el bandolerismo y obtener nuevos efectivos. La documentación hacendística navarra proporciona noticias sobre el número de efectivos en las compañías de hombres de armas y a pie, llegando en algunos casos a dar relaciones nominales de las mismas⁹⁵. Este es el caso de las compañías reclutadas en 1353, de las reclutadas para la conquista de Normandía en 1364 y parte de las empleadas en la ocupación de Álava y la Rioja en 1368. Los contingentes reclutados eran, en todo caso, poco numerosos, la inmensa mayoría (91,66%) no sólo no superaba los cincuenta hombres, sino que raramente superaba los veinticinco (77,77%)⁹⁶, manteniendo una organización en múltiplos de cinco, que indicaría el control navarro en el reclutamiento. A su vez, se trataba de tropas ligeras de infantería, con escasos y anecdóticos componentes de caballería y en cuyo reclutamiento, los vínculos de parentesco tomaban un importante papel.

Aunque fueran poco numerosos, no podemos despreciar su importancia. Los datos de Larrea son significativos: en las campañas de 1353, en Francia, y en 1362, contra Aragón, suponen aproximadamente el 39 y el 22% respectivamente de la composición

⁹³ Ciganda, op.cit: 96.

⁹⁴ Fernández de Larrea, Jon Andoni. *La participación de la nobleza guipuzcoana en la renta feudal centralizada: Vasallos y mercenarios al servicio de los reyes de Navarra (1350-1433). La lucha de Bandos en el País Vasco: de los Parientes Mayores a la hidalguía universal*. Editado por J. Ramón Díaz de Durana. Universidad del País Vasco (1998): 261-322.

⁹⁵ *Ibidem*: 295.

⁹⁶ *Ibidem*: 295.

total del ejército navarro, cayendo después para mantenerse en torno al 9% de las huestes en campaña⁹⁷. Como podemos ver, las fronteras y la fidelidad al señor natural no siempre representaban impedimentos éticos para la nobleza feudal.

Otro apartado trabajado por la historiografía alude a los aprietos que supuso la presencia de las compañías en el reino navarro durante 1366, como resultado de su situación como paso natural al interior de la Península. Si bien no hubo choques armados, el reino hubo de movilizar todos los recursos humanos disponibles y emprender labores aceleradas de fortificación, sin contar con el apoyo de sus auxiliares guipuzcoanos, e intentando mantener a raya las destrucciones de las bandas de mercenarios, que afectaron a la mayor parte del territorio⁹⁸. La neutralidad salvó a Navarra de la participación bélica, pero no de las acciones de las tropas en liza.

⁹⁷ Ibídem: 298.

⁹⁸ Azcárate Aguilar-Amat, Pilar. «El azote de las compañías y sus estragos en Navarra (1366-1410).» *Historia: revista española de historia* 51, nº 177 (1991): 73-101.

5. CONCLUSIÓN

En conclusión, el mercenariado fue un fenómeno colateral pero no menor en la historia de los reinos peninsulares. La contratación de tropas mercenarias supuso un importante elemento de alivio de las tensiones socioeconómicas en lugares y momentos determinados por las limitaciones hacendísticas de la baja nobleza (como es el caso navarro-pirenaico), además de una salida a “traidores” y exiliados políticos, que encontraban en las cortes rivales un lugar idóneo donde conspirar.

El mercenariado peninsular encontró ciertas oportunidades en tierras del Islam entre el siglo XI-XII hasta el siglo XV, con una evolución desde empresas de señores particulares a una mayor regulación y dependencia contractual con las diferentes monarquías, que prácticamente traducen sus repartos de la región del Magreb en el marco de actuación de sus diferentes milicias, que esencialmente reproducen el tratado de Monteagudo (1291). Del mismo modo, la presencia de tropas mercenarias musulmanas al servicio cristiano no es extraña, desarrollándose especialmente en Aragón desde mediados del siglo XIII al siglo XIV.

El servicio en el área aquitano-provenzal se limitó esencialmente al reino vecino de Navarra, con otras características socioeconómicas y más limitado temporalmente. Aparece con la efervescencia de los conflictos regionales entre Francia e Inglaterra, Aragón y Tolosa, y, finalmente, la cruzada albigense; esencialmente, desde mediados del siglo XII hasta mediados del siglo XIII. El origen de estos efectivos es mucho más modesto, predominando las tropas ligeras frente a la línea de infantería pesada que suponían los guerreros profesionales en el Magreb, sin la aparición en liza de las mesnadas de poderosos notables del Reino.

Cuando el área navarro-pirenaica vuelva a ofrecer mercenarios, a mediados del siglo XIV, las coyunturas geopolíticas y las maneras de hacer la guerra ya habrían cambiado, manteniendo esencialmente sus dos características esenciales: la importancia de los linajes infanzones y su caracterización esencial como pequeñas compañías compuestas por infantería ligera, con ocasionales contingentes a caballo. Los trabajos son escasos y tienen tendencia a centrarse en individuos destacados o a ofrecer una visión general de la política europea de los Evreux.

El uso de mercenarios en los ejércitos peninsulares es en un inicio baja, con ciertos indicios insuficientes, que igualmente se ven postergados por el buen estado del servicio feudo-vasallático en los reinos peninsulares, sobre todo en las acciones bélicas contra el Islam, capaces de traer extranjeros de media Europa. Precisamente la pérdida de ese incentivo económico-religioso, a cambio de empresas poco rentables o lejanas, motiva el desdén nobiliario a la guerra en Navarra o Aragón, reinos adelantados a Castilla en la introducción del servicio en metálico y favoreciendo, por tanto, la contratación de ciertos contingentes mercenarios. En Castilla, las bases del reclutamiento se mantuvieron durante prácticamente todo el siglo XIV.

Los únicos momentos que pueden referirse a la proliferación de tropas extranjeras contratadas corresponden a momentos críticos, marcados por la falta de fuerza de un bando (Aragón y los enriqueños en 1365) o un grave revés militar (la derrota de Pedro I en 1366 frente a las Grandes Compañías y la destrucción del ejército castellano en Aljubarrota, en 1385), siempre dentro de un esquema feudo-vasallático que ha sido observado desde posiciones cercanas a la teoría de la “Revolución Militar” como atrasadas.

Habría que destacar el diferente nivel de detalle con el que se ha podido abordar un aspecto u otro. Mientras que, por ejemplo, la historiografía militar con respecto al siglo XIV proporciona abundante información cuantitativa y gran detalle fáctico; los siglos XI, XII y XIII, por su considerablemente inferior cantidad de fuentes fiscales, obligan a tomar un discurso marcado por elementos socioculturales, más cercano en ocasiones a los tópicos inalterables del “montañés” o del “bandido-mercenario” que a una relación detallada de ejércitos y conflictos, especialmente en el caso occitano.

Como cierre, se puede considerar que el mercenariado, al igual que, en general, la mayoría de temas de historia militar, todavía tienen un largo camino por recorrer antes de poder ser considerado como un tema zanjado. Sólo la continuación de los estudios de historia militar puede darnos una visión integral del mismo y de su papel en la guerra en la Edad Media.

6. BIBLIOGRAFIA

Albarrán Iruela, Javier. «De la conversión y expulsión al mercenariado: los cristianos en las fuentes almohades.» Editado por C. Estepa y M. A Carmona. *La Península Ibérica en tiempos de Las Navas de Tolosa, Sociedad Española de Estudios Medievales*, 2014: 79-91.

Alvira Cabrer, Martín. *Muret 1213. La batalla decisiva de la cruzada contra los cátaros*. Ariel, 2008.

Arias Guillén, Fernando. «¿Hubo una revolución militar en Castilla en la primera mitad del siglo XIV?» *Edad Media: revista de historia*, nº 15 (2014): 195-216.

Azcárate Aguilar-Amat, Pilar. «El azote de las compañías y sus estragos en Navarra (1366-1410).» *Historia: revista española de historia* 51, nº 177 (1991): 73-101.

Barton, Simon. «Traitors to the Faith? Christian Mercenaries in al-Andalus and the Maghreb, c.1100-1300'.» Editado por R. Collins y A. Goodman. *Medieval Spain: Culture, Conflict and Coexistence. Studies in Honour of Angus MacKay*, 2002: 23-45.

Batlle, Carmen. «Noticias sobre la milicia cristiana en el Norte de África en la segunda mitad del siglo XIII.» *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes* 1 (1987): 127-137.

Bernaldo de Quirós Murugarren, Pablo. *Los contratos militares en la Europa Feudal (Siglos XIII-XIV)*. Dirigido por Mario Lafuente Gómez, grado en Historia, Universidad de Zaragoza. 2018.

Ciganda Elizondo, Roberto. «Tropas navarras en las contiendas europeas bajo los primeros Evreux (siglo XIV).» *Iure vasconiae*, nº 4 (2007): 67-108.

Contamine, Philip. *La guerra en la Edad Media*. Barcelona: Nueva Clio, 2018.

De Benito Rodríguez, Miguel Ángel. «Las tropas extranjeras y su participación en los ejércitos castellanos durante la Baja Edad Media.» *Revista de historia militar* 75 (1993): 47-76.

De Vries, Kelly. «Mercenarios medievales. Metodología, definiciones y problemas.» *Revista Universitaria de Historia Militar* 4, nº 8 (2015): 183-199.

Echevarría Arsuaga, Ana. *Caballeros en la frontera: La guardia morisca de los reyes de Castilla (1410-1467)*. UNED, 2006.

Elía Munarríz, Alfredo. «Rodrigo y Martín de Argai: dos caballeros navarros.» *Príncipe de Viana. Anejo.*, nº 14 (1992): 353-356.

Fancy, Hussein. «Theologies of violence: the recruitment of muslim soldiers by the Crown of Aragon.» *Past&Present* 221, nº 1 (2013): 39-73.

Fernández de Larrea, Jon Andoni. *La participación de la nobleza guipuzcoana en la renta feudal centralizada: Vasallos y mercenarios al servicio de los reyes de Navarra (1350-1433). La lucha de Bandos en el País Vasco: de los Parientes Mayores a la hidalguía universal*. Editado por J. Ramón Díaz de Durana. Universidad del País Vasco, 1998.

Fowler, Kenneth. «Great companies, condottieri and stipendiary soldiers. Foreign mercenaries in the Service of the State: France, Italy and Spain in the Fourteenth Century.» *Guerra y diplomacia en la Europa occidental: 1280-1480*, 2005: 141-162.

García Fitz, Francisco. «“Las guerras de cada día”. En la Castilla del siglo XIV.» *EDAD MEDIA. Revista de Historia*, nº 8 (2007): 151-181.

García Fitz, Francisco. «La organización militar en Castilla y León (siglos XI-XIII).» *Revista de historia militar*, nº Extra 1 (2001): 61-119.

García Fitz, Francisco. *Las Navas de Tolosa*. Ariel, 2005.

García Fitz, Francisco. «Prácticas guerreras en el mediterráneo latino (siglos XI al XIII). Cristianos contra musulmanes.» Editado por Daniel Baloup y Philippe Josserand. *Regards croisés sur la guerre sainte. Guerre, idéologie et religion dans l'espace méditerranéen latin (XIe au XIIIe siècle)*. Actes du Colloque international tenu à la Casa de Velásquez (Madrid) du 11 au 13 avril 2005, 2006: 323-358.

García Sanjuán, Alejandro. «Mercenarios cristianos al servicio de los musulmanes en el norte de África durante el siglo XIII.» *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico siglos XIII-XV: [Jornadas celebradas en] Cádiz, 1-4 de abril de 2003 (Manuel González coord.)*, 2006: 435-447.

Giménez Sóler, Andrés. «Caballeros españoles en África y africanos en España.» *Revue hispanique: recueil consacré à l'étude des langues, des littératures et de l'histoire des pays castillans, catalans et portugais* 12, nº 42 (1905).

Hosler, John D. «Revisiting mercenaries under Henry-fitz empress, 1167-1188.» Editado por John France. *Mercenaries and Paid Men, The Mercenary Identity in the Middle Ages. Proceedings of a Conference held at University of Wales, Swansea, 7th -9th July 2005*, 2008.

Husley, Norman. «La guerra en Europa, 1200-1320.» En *Historia de la guerra en la Edad Media*, de Maurice Keen, 151-178. Océano, 1999.

Jardin, Jean-Pierre. «Gens de campagne français en Espagne, routiers espagnols en France pendant la Guerre de Cent Ans.» *Etude de quelques carrières militaires exemplaires. Hispanismes, Société des hispanistes français de l'enseignement supérieur, Hommage à Geneviève Champeau*, 2014: 23-40.

Lafuente Gómez, Mario. «Comportamientos sociales ante la violencia bélica en Aragón durante las guerras con Castilla (1356-1375).» *istoria. Instituciones. Documentos*, nº 35 (2008): 241-268.

Lafuente Gómez, Mario. «Presentación del dossier: Guerra y competencia entre Estados en el Mediterráneo Medieval (siglos XIV-XV).» *Revista Universitaria de Historia Militar* 6, nº 11 (2017): 10-22.

López López, Ángel Custodio. «El conde de los cristianos Rabi ben Teodulfo, exactor y jefe de la guardia palatina del emir al-Hakam I.» *Al-Ándalus-Magreb*, nº 7 (1999): 169-184.

Lower, Michael. «The Papacy and Christian Mercenaries of Thirteenth-Century North Africa.» *Speculum*, nº 89 (2014): 601-631.

Maillo Salgado, Felipe. «Relaciones de los reinos hispánicos del occidente peninsular y el Magreb en la edad media.» *El perfume de la amistad: correspondencia diplomática árabe en archivos españoles (siglos XIII-XVII)* (Subdirección General de los Archivos Estatales), 2009: 51-66.

Mallet, Michael. «Mercenarios.» En *Historia de la guerra en la Edad Media*, de Maurice Keen, 269-295. Océano, 1999.

Mitre Fernández, Emilio. «Castilla ante la Guerra de los Cien Años. Actividad militar y diplomática de los orígenes del conflicto al fin de las grandes treguas (c. 1340 - c.1415).» *Guerra y diplomacia en la Europa occidental: 1280-1480*, 2005: 199-236.

Oliva Manso, Gonzalo. «El ejército castellano del siglo XIV. Una mirada a través de la crónica de Pedro I.» *De las Navas de Tolosa a la Constitución de Cádiz: el Ejército y la guerra en la construcción del Estado* (Leandro Martínez Peñas, Manuela Fernández Rodríguez coord.), 2012: 59-92.

Porrinas, David. *El Cid: historia y mito de un señor de la guerra*. Madrid: Desperta Ferro, 2019.

Porrinas, David. «La actuación de Giraldo Sempavor al mediar el siglo XII, un estudio comparativo.» *II Jornadas de Historia Medieval de Extremadura: ponencias y comunicaciones*, nº 179-188 (2005).

Ribeiro Pereira, Joel. *Os mercenários nas Guerras Fernandinas e nas Guerras da Independência (1367-1411)*. Universidad de Miño, 2020.

Roig Torres, María Elena. *Trovadores occitanos en Navarra, Navarra en los trovadores occitanos (1134-1234)*. Universidad de Barcelona, 2015.

Roig Torres, María Elena. «Los trovadores en lengua d'Oc y el Reino de Navarra (siglos XI-XIII): sociogénesis de un desencuentro.» *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (2005), López Castro y Cuesta Torre coords. (Universidad de León), 2007: 979-991.

Ruíz Doménec, José Enrique. «Las cartas de Reverter, vizconde de Barcelona.» *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, nº 39 (1984): 93-114.

Ruíz Gómez, Francisco. «La mancha en el siglo XII: sociedades, espacios, culturas.» *Studia histórica: Historia medieval* 24 (2006): 113-126.

Suñe Arce, Josep. «El ejército andalusí y su actuación guerrera según la historiografía: aspectos desatendidos y explicaciones renovadas.» *Índice histórico español*, nº 131 (2018): 115-139.

Taylor, Lewis. «The Evolution of Military Systems during the Hundred Years War.» *McNair Scholars Journal* 19, nº 1 (2015): 45-55.

Viguera Molins, María Jesús. «La organización militar en Al-Andalus.» *Revista de Historia militar*, nº Extra 1 (2001): 17-61.

Walker, Simon. «Janico Dartasso: Chivalry, Nationality and the Man-at-Arms.» *History* 84, nº 273 (1999): 31-51.